

LA COOPERACIÓN Y LA MUTUALIDAD OBRERAS

CAPÍTULO II

Las cooperativas y las clases obreras según Mr. Cornelissen.—Ideas de Mr. Clamageran.—Caracteres peculiares á varias de dichas asociaciones.—Opiniones de Rodríguez Brito y Sanz y Escartín.

I

Si apreciándolos bajo su punto de vista ha manifestado Mr. de Saussalle sus pocas simpatías y su desconfianza de los resultados de la cooperación obrera tal como en el siglo XIX ha comenzado á practicarse, haciéndose con ello eco de los economistas prácticos, apreciándolos bajo otro muy distinto aspecto, y reflejando las ideas de la más radical de las escuelas revolucionarias, ó sea de la anarquista, ha expresado mayores desconfianzas, por entender que las cooperativas «no son accesibles más que á una parte de la clase trabajadora», otro escritor también muy distinguido, Mr. Cornelissen, en un artículo que en Agosto de 1899 vió la luz pública con el epígrafe de «Sur le cooperation» en la revista de París *L'Humanité nouvelle*. No sólo por su valor intrínseco, sino por la importancia que le presta el haber sido admitido en el órgano más caracterizado y científico de la célebre secta, vamos á dedicarle algunas líneas.

Comienza Mr. Cornelissen estableciendo la siguiente absoluta proposición, que intenta demostrar en el resto de su trabajo: «Por la misma naturaleza de las cosas, una gran parte del proletariado quedará fuera de toda especie de cooperativas, y así el movimiento cooperativo conducirá á la división del proletariado».

¿En qué funda un aserto tan atrevido cuanto aventurado, completamente opuesto á la opinión general? Veámoslo, y no se extrañe que seamos algo extensos, pues la misma novedad de la idea así lo reclama. «La cooperación, dice, sea bajo sus dos formas reunidas, sea bajo una sola forma, no es aplicable sino á los obreros de los centros de aglomeración. En cuanto á los agricultores, realmente podrán reunirse en sociedades cooperativas para la compra y distribución de abonos, simientes, máquinas, ó la entrega colectiva de leche y manteca á la parroquia de la ciudad vecina. Pero la gran masa de los jornaleros y criados agrícolas, retribuídos todavía á la manera feudal, y aun algunas veces en especie, no podrá participar de la cooperación bajo ninguna de sus distintas formas. El sistema cooperativo será igualmente impracticable á los millones de obreros de la grande y de la pequeña industria, lo mismo que á los de la doméstica, que en tantas comarcas, y á pesar de la prohibición de la ley, son obligados á proporcionarse sus mercancías en establecimientos fijos (*Truch system*). La participación en las sociedades cooperativas de consumo obliga con frecuencia á los últimos á renunciar, y por consecuencia, quedarán colocados en una situación miserable. Todavía se levantan detrás de ellos las grandes masas de los proletarios sin trabajo, que viven al día en el sentido estricto de la palabra, y que son demasiado pobres para poder hacer uso de la cooperación, aun cuando de ella tengan más necesidad que los otros.»

Después de esta á modo de clasificación de los proletarios y de las observaciones que con respecto á cada grupo hace, añade, entrando en otra serie de consideraciones: «Nuestros cooperadores teóricos pueden conducirnos á Inglaterra para demostrar que los millones de obreros que en ella practican la cooperación, son provistos de mercancías y de artículos de uso doméstico á precio más bajo y de calidad superior que los que obtienen los obreros no cooperativos. Pero generalmente olvidan ponernos con claridad á la vista el peligro serio que precisamente se oculta en esta división del proletariado. No llaman seriamente nuestra atención sobre este hecho incontestable: á medida que los proletarios cooperativos co-

mienzan á mejorar su situación, aunque sea de modo pasajero, las condiciones vitales vienen á hacerse más tristes para las masas proletarias que permanecen fuera, y así, por el hecho de que la cooperación divide á los proletarios, esto es, por la separación establecida por una minoría compuesta por los mejor asalariados de la clase obrera, contribuye á realizar el tan peligroso *processus* para el movimiento obrero y la *creación de un quinto Estado*».

Dice, por último, que, «en su origen, la cooperación contiene bajo sus dos formas una tendencia conservadora y aun reaccionaria; que, además, priva al movimiento obrero de su más capaz elemento, pues en este trance de los negocios el horizonte aun de los más entendidos no se extiende más allá de su panadería cooperativa ó de los espejos de los almacenes de vestidos; que los más enérgicos de ellos se convierten en administradores ó directores de empresas capitalísticas, se hacen bien pronto necesarios en su medio é instalan por su cuenta una administración organizada jerárquicamente, que no difiere en nada de una explotación capitalista jerárquica, y que en la vida práctica la cooperación se presenta bajo un aspecto aún más triste que el que dejan entrever estas consideraciones».

¿Es esto cierto? ¿La cooperación fomenta la división de los proletarios en lugar de contribuir á unirlos? ¿Da lugar á la formación de un *quinto Estado*, constituido por todos cuantos, por carecer en absoluto de recursos, por no disfrutar sino de un salario precario y reducidísimo, por no encontrar ocupación, constituyendo los llamados *sin trabajo*, y por otras causas, no pueden hacerse cooperadores de ninguna empresa industrial ó mercantil? ¿Es la levadura de nuevos burgueses desprendidos de las cooperativas y productora de regímenes jerárquicos? Entendemos que no y que Mr. Cornelissen, cuyas ideas anarquistas no se hallan ocultas, extrema con sus afirmaciones la prevención de la secta respecto á la cooperación obrera tal como la han ideado y la desarrollan numerosos trabajadores de casi todos los países. Es su trabajo, por otra parte muy digno de no pasar desapercibido, se buscan en vano sólidos argumentos y pruebas convincentes, y no se

encuentran sino afirmaciones rotundas. La cooperación es accesible á todos, lo mismo á los obreros que perciben altos y seguros jornales que á los que los perciben pequeños é inciertos, lo mismo á los más inteligentes y enérgicos que á los que lo son menos; bajo una de sus formas no pide sino una faena útil á la obra cooperativa; bajo la otra, el consumo del obrero y de su familia. La prueba de ello se encuentra en las numerosas cooperativas ya establecidas, y también resultará demostración cumplida de lo mismo en cuanto vamos á exponer.

II

Con mayor exactitud que Mr. de Saussalle, y con mucha más que Mr. Cornelissen, ha dado idea de lo que son las sociedades cooperativas y puesto de manifiesto sus fundamentos y su porvenir Mr. Clamagerán, á quien más de una vez hemos citado en nuestros imperfectísimos estudios, y que, si bien economista inclinado al clasicismo, los prejuicios de escuela, que á tantos notables escritores ofuscan, no le privan de reconocer y aplaudir lo que de acertado y admisible á su juicio contienen las doctrinas de escuelas distintas y aun contrarias á la suya. Mr. Clamageran define dichas sociedades cooperativas diciendo que son «aquellas asociaciones en que las mismas personas confunden en sí las cualidades que en el juego ordinario de los fenómenos económicos están opuestas la una á la otra correspondiendo á personas distintas»; y «por eso—añade—en las sociedades de consumo los miembros de la sociedad son á la vez vendedores y compradores; en las sociedades de crédito son á la vez acreedores y deudores, y en las sociedades de producción son á la vez obreros y por sí mismos ó por sus delegados, directores de la empresa; y de ello también resulta que si están bien organizadas y acertadamente dirigidas supriman intermediarios onerosos y sofocan ciertos conflictos». (*La lutte contre le mal.*)

Ocúpase á continuación de los servicios que pueden prestar estas asociaciones, y al efecto expresa que para ello es

preciso considerar separadamente cada uno de sus grupos. Con tal objeto hace las siguientes consideraciones, bastante acertadas, las cuales, al mismo tiempo que las ventajas, ponen de relieve los caracteres de la cooperación: «En las sociedades de consumo no hay empresarios, son más bien disminución de intermediarios, ó intermediarios menos costosos; entre el productor y el consumidor se precisan siempre uno ó dos intermediarios, el comerciante en grande y el tendero al menudeo; pero pueden suprimirse el comerciante medio y los comisionistas que facilitan las ventas, sacando el correspondiente beneficio. En las pequeñas sociedades que comienzan no se evitan las compras medias, pero, en cambio, la venta al menudeo se hace gratuitamente por los cooperadores, que trabajan por turno. De este modo comenzaron los *equitables pionniers de Rochdale*. En las grandes sociedades se remunera á los administradores y á los detallistas, pero se compra todo en grueso y, además, siendo cada comprador al menudeo socio al mismo tiempo, toma parte en la administración de la sociedad, se hace dar cuenta de los gastos de gestión y, naturalmente, procura reducirlos cuanto es posible, participando también de los beneficios en proporción de sus compras; de modo que si los precios se han elevado más allá de lo estricto, recoge como asociado lo que dió con exceso como comprador». Estas sociedades, equivocadamente excluidas por Mr. Saussalle de las cooperativas, y decimos equivocadamente, y podríamos añadir que con error notorio y aun con contradicción, pues, correspondiendo á sus mismos principios, agrega al capitalista en un solo individuo el cooperador que trabaja en bien de la asociación, á más de las anteriores ventajas producen la no menos estimable de servir de freno y de contrapeso á las exigencias y abusos de los proveedores ordinarios.

«En las cooperativas de crédito —prosigue diciendo monsieur Clamageran,—la gran ventaja de la cooperación consiste en que *creditantes y creditarios*, por el hecho mismo de los lazos que los unen, se conocen mutuamente, y de consiguiente puede distribuirse sin mucha incertidumbre ni riesgos el crédito personal á los que lo merezcan por su trabajo, por su

exactitud y su espíritu de orden y de probidad. Y, por último, en las sociedades de producción, las más difíciles de fundar de todas, y más aún de conseguir que duren, cada socio, directamente interesado en el éxito de la empresa, se esfuerza, si es inteligente y tiene buen carácter, en contribuir á su prosperidad. Aun cuando en las empresas patronales el interés del patrono y el del obrero no son tan opuestos como se cree, y con frecuencia concuerdan, este acuerdo no es tan sensible, tan claro, como en las cooperativas, en las que la mano de obra sufre ó se aprovecha inmediatamente del aspecto que ofrezcan los negocios sociales.»

Pero además de estas ventajas, ya suficientes de por sí para que se procure el mayor desarrollo posible de la cooperación obrera, y que se refieren á cada una de sus formas ó manifestaciones particulares, ofrece otras de carácter general, también señaladas por Mr. Clamageran, que no oculta su entusiasmo por las magníficas creaciones de Schulze Delitsch. Entre ellas merecen especial referencia «la de comunicar á un gran número de personas el conocimiento de las cosas prácticas», atendiendo á que el puesto ó la acción del trabajador, «sea como consumidor, sea como creditario ó como productor, es más personal»; la de llevar al más alto grado «la independencia y la responsabilidad, esto es, determinar un acrecentamiento de dignidad», toda vez que en sociedades de tal especie los individuos que las constituyen, los obreros, en su gran mayoría, «son animados por un doble móvil, por el móvil individual y por el móvil filantrópico, produciéndose en ellos un sentimiento moral y miras humanitarias que ennoblecen el trabajo, ayudando á soportar mejor sus penas»; y, por último, gracias á las mismas, desaparecen muchas preocupaciones, concepciones falsas y tendencias irreflexivas, cuya persistencia daña á las clases trabajadoras.

No obstante estas y otras varias ventajas de las sociedades cooperativas, y de los no menores beneficios que en general dispensan, y en especial á las clases trabajadoras, que son quienes con más amor las han acogido y con mayor fe las sostienen, no puede considerárselas como la panacea destinada á curar los males sociales; necesitan de otras sociedades,

de otras instituciones y de otras organizaciones que las complementen, conforme lo han demostrado todos los socialistas modernos, así los de la cátedra, como los cristianos, como los evolucionistas y los revolucionarios al combatir á los que con difundirlas, con generalizarlas, con hacerlas llegar á todas partes y á todos los matices económicos, creían convertir en realidad las más gratas esperanzas, llegando á la meta de los deseos. Mr. Clamageran lo reconoce al decir: «Las sociedades cooperativas, en los negocios de que se ocupan, no extienden sus miras más allá del círculo de sus asociados, á no ser para aumentar el número de éstos; no atienden al gran público, á ese público disperso por toda la superficie del globo; se les escapa el conjunto de la situación económica: descubrir los recursos donde quiera que se escondan, comprobar las necesidades allí donde se hagan sentir, aun haciéndolas nacer en ciertos casos, hé aquí una obra muy útil, muy humanitaria, en el mejor sentido de la palabra, á veces grandiosa, que difícilmente pueden cumplir las sociedades cooperativas».

No disentimos en absoluto, ni mucho menos, de Mr. Clamageran en esta parte; no desconocemos, según ya hemos indicado, que el campo de acción de las cooperativas, por su misma limitación, no tiene toda la extensión apetecible. Pero es lo cierto que esta forma de la asociación ofrece grandes ventajas sobre otras similares que se han concebido y llevado á la práctica. De ella han resultado y resultarán todavía mayores beneficios para las clases que hasta ahora han venido estando sometidas al yugo del comerciante insaciable y con frecuencia poco escrupuloso, del productor industrial y del empresario, tan propensos á explotar al débil si de la explotación les resulta ganancia, del miserable usurero, plaga de todos los tiempos y de todos los pueblos, que se nutre y engorda con las desgracias y penurias ajenas, que se regocija de los contratiempos, que se aprovecha hasta de los efectos de los vicios y que con razón ha sido anatematizado por memorables Concilios. Fomenten los obreros esas sociedades, y con ello harán no poco para mejorar su presente y para preparar las transformaciones que han de consolidar su porvenir.

III

Sumamente amplio, mucho más del que generalmente se le atribuye, es el concepto formado de la asociación cooperativa por el distinguido escritor portugués Rodríguez de Brito (*Filosofía del Derecho*). Con efecto, sostiene, y no sin fundamento, que «toda asociación es por su naturaleza *cooperativa*, porque los asociados, *coayudándose* mutuamente en la realización del fin común, cooperan los unos para con los otros», concepto amplísimo con el cual la esfera de la cooperación puede comprender, si no todas, la generalidad de las asociaciones. Pero no obstante ser tan inherente á la asociación esta *cooperación* de los individuos que toman parte en cualquiera de sus formas particulares, ó lo que es lo mismo, que constituyen una sociedad, no es en este sentido, y en ello conviene el Sr. Rodríguez de Brito, en el que se considera á la *asociación cooperativa*, sino en otro especial, dándose únicamente tal nombre á las asociaciones «de producción, de crédito mutuo, de consumo directo ó indirecto, de cambio y de asistencia mutua», enumeración que entendemos ser algún tanto errónea, pues abarca asociaciones que más bien que á la cooperación, en el sentido estricto de la palabra, corresponden á la mutualidad, según la estiman la generalidad de los economistas.

De la misma exposición que de cada una de estas formas hace se desprende la exactitud de nuestro anterior aserto. Denomina el Sr. Rodríguez de Brito *cooperativas de producción* «á las asociaciones formadas por *artesanos*, que viven solamente de su trabajo y que, por medio de *economías* depositadas en la caja de la sociedad, consiguen reunir el capital suficiente para entregarse á uno ó varios objetos de *comercio*», y añade que «se *caracterizan* por ser formadas por artesanos y con *economías* acumuladas durante mucho tiempo», definición que igualmente nos parece poco exacta, pues según del mismo nombre se desprende, no es el comercio, sino la producción, lo que constituye la esencia de tales asociacio-

nes, ni tampoco se constituye exclusivamente el capital necesario á la empresa con las economías lentamente acumuladas por los obreros, sus únicos socios, aun cuando esto sería lo más conveniente, sino también utilizando el crédito que les concedan, bien las especiales y benéficas á que ya hemos aludido, bien los capitalistas con la garantía personal de los asociados ó cooperadores, ó la pignoratícia ó hipotecaria, mediante un mayor ó menor interés.

Á continuación señala algunas de las condiciones á que deben responder, y dice: «En las que los asociados proporcionen tan sólo el trabajo, ó conjuntamente un capital, importa, para interés de todos, que se fije el salario que cada asociado, *durante el trabajo*, deberá recibir para su *subsistencia*, y la cantidad de *lucros* (beneficios) que en *proporción del salario* deberá repartirse al finalizar un plazo razonable entre los asociados, ó capitalizarse en parte para poder resistir mejor *las crisis y reveses industriales*, dejando siempre á salvo la actividad individual y la mayor amplitud de acción para el bien del individuo y de la sociedad, y con *gerentes* inteligentes y probos que inspiren plena confianza».

Explica lo que son las cooperativas de consumo, diciendo que en ellas «la asociación compra en conjunto á los productores los objetos que los asociados precisan para las necesidades domésticas, pagando al contado, para después revenderlos principalmente á los asociados, ingresando cada uno de éstos con una cuota que satisface en una ó más veces hasta constituir un capital suficiente, y se abastece con los objetos comprados por la asociación, ó al precio corriente, ó por el coste de adquisición aumentado tan sólo en una partecilla proporcionada á los gastos de gerencia y á los intereses del capital, pudiendo hacer ventas á los extraños si lo permitiere el negocio, y dividiendo los beneficios al fin del año, dejando también una reserva para atender á las eventualidades de la asociación».

Por último, y aunque realmente no corresponden á las formas especiales de la cooperación obrera, sino á las privativas de la *mutualidad*, manifiesta que las *asociaciones de crédito mutuo* «están formadas por *artesanos* y destinadas á prestar

socorros de crédito á los asociados, y, á falta de éstos, á los extraños, pudiendo por su medio los trabajadores prescindir de los servicios de los capitalistas y hacer frente á las necesidades de su *menester*, ingresando cada uno en ellas por una pequeña aportación, y contribuyendo semanalmente con una parte alícuota de su trabajo, la cual se capitaliza mensualmente, hasta reponer la parte con que debe ingresar, y formándose de este modo por todos un capital suficiente para atender á las necesidades de los asociados». Una vez formado el capital—añade,—«cualquiera de los socios puede acudir á la sociedad, mediante un interés ó beneficio para ésta, bajo su firma, hasta el importe total de sus aportaciones, y hasta mayor cantidad con la garantía de otro socio, y como no todos necesitan acudir á la caja común, el dinero de los unos ayuda á los otros.» Por último, expresa que «cada socio puede continuar aumentando su *fondo* con nuevos *depósitos*, recibiendo su respectivo interés», y que «con los intereses de los capitales de la asociación se pagan los gastos de la gerencia, los rendimientos de los capitales depositados y el dividendo de los socios, y el resto sirve para aumentar el fondo de reserva destinado á las eventualidades y riesgos».

IV

El Sr. Sanz y Escartín, uno de los pocos publicistas españoles que han prestado atención preferente al estudio de los importantes problemas sociológicos y económicos, que con razón preocupan á los pueblos modernos, y que más ó menos directamente se relacionan con las clases trabajadoras, ha expuesto con imparcialidad plausible, no obstante los prejuicios de las escuelas económica y política á que pertenece, los principios fundamentales de la cooperación obrera y las formas varias en que viene practicándose. En la imposibilidad de transcribir, y ni tan siquiera apuntar, cuanto en su libro *El individuo y la reforma social* expresa acerca de las distintas clases de asociaciones cooperativas, lo haremos, para completar

esta parte de nuestro trabajo, de aquello que más íntima y directamente con el mismo se relaciona.

Refiriéndose á las cooperativas de consumo, que son las primeramente establecidas y las más generalizadas entre nosotros, reconoce, al igual de todos los economistas, sin exceptuar los *clásicos*, su innegable importancia, y dice: «Por la simplificación de las operaciones que median entre la producción y el consumo, por la economía que como consecuencia proporcionan al consumidor, por el beneficio directo que la sociedad reparte entre sus asociados, la cooperativa de consumo constituye el instrumento colectivo más eficaz para la elevación del proletariado. La creación de estas asociaciones no solamente produce resultados de carácter material, sino que también contribuye poderosamente á crear hábitos de orden y de moralidad de superior importancia si cabe. Por su naturaleza misma crea normas regulares de conducta, ensancha los horizontes intelectuales y morales del obrero, cuyo interés se ve asociado al interés de la empresa colectiva, y tiende á poner en armonía sus sentimientos con los intereses del prójimo y de la paz social; por la intervención de los asociados en los negocios de la cooperativa, por el sentido práctico que en el estudio de las operaciones comerciales adquieren, por las costumbres de subordinación y de mutua tolerancia que introducen en las clases trabajadoras, representan el medio más poderoso de preparar á las clases inferiores para el ejercicio de los derechos políticos que les han sido concedidos antes de tiempo en toda Europa. Las sociedades cooperativas de consumo son tanto más necesarias cuanto menor sea el adelanto del comercio en cada localidad».

Respecto á las sociedades de crédito mutuo, que con Mr. Clamegeran y otros economistas incluye en las cooperativas, entiende que son las que han de resolver una de las cuestiones más importantes que encierra el problema obrero. Con estas sociedades, á cuya creación y desarrollo tanto ha contribuido «el propagador y filántropo Schulze-Delitsch», dice que «mediante modestas cotizaciones organizan un fondo social que sirve para auxiliar, bajo ciertas garantías, á los asociados; que todos éstos responden solidariamente de las obli-

gaciones contraídas; que el principio de solidaridad, extendido á cuantos componen la sociedad ó Banco de crédito mutuo, constituye la piedra sobre que descansa su organización; que en 1890 funcionaron en Alemania 3.910 Bancos populares, formando de éstos 1.010 parte de la unión general de las asociaciones Schulze; que estos Bancos han sido principalmente útiles en Alemania á la clase media inferior, motivo por el cual se ha puesto en duda por algunos economistas, á ejemplo de Lassalle, su bondad y su eficacia, como si entre los artesanos que trabajan por su cuenta, empleados y modestos comerciantes no hubiese necesidad alguna de aliento, y que el hecho es que al favorecer el bienestar y la elevación de una clase social, laboriosa y digna por todos conceptos de apoyo, contribuyen los Bancos de crédito, establecidos con éxito en Alemania, Italia y Bélgica, á resolver el problema social en uno de sus más importantes aspectos, sin contar con que, según el autorizado testimonio de Mr. León D'Audrimont, fundador y propagandista de los Bancos en Bélgica, son muchos los obreros que colocan y hacen fructificar sus ahorros en estas excelentes instituciones».

Ocúpase también, verificándolo con toda la extensión que por su grandísima importancia merecen, de las cooperativas de producción, que son las llamadas á realizar las transformaciones más beneficiosas en el régimen industrial y en la vida del trabajo, puesto que debido á ellas no se suprime el capital, factor indispensable de la producción, sino que pasa de las manos del empresario á las de la corporación obrera; no desaparece el patrono, sino que vienen á serlo de sí propios, como acertadamente se ha dicho, los trabajadores, entendiéndose por tales, á más de los manuales, los directores de la empresa, ni deja de existir el salario, toda vez que se sostiene el que precisa el socio cooperador para cubrir sus precisas atenciones diarias, percibiendo además á su tiempo la parte que proporcionalmente le corresponda en los beneficios.

El Sr. Sanz y Escartín manifiesta gran desconfianza respecto al porvenir y á los resultados de tales asociaciones, desconfianza que se revela en las siguientes líneas: «Las cooperativas de producción, en las que no sin razón tienen puestas

sus esperanzas espíritus generosos, entre los cuales figura en primer término el ardiente campeón del movimiento cooperativo en Francia, Carlos Gide, no han sido hasta ahora favorecidas por el éxito, y es de temer que no alcancen los resultados á que sin duda alguna están llamadas en el porvenir, mientras la condición casi normal del orden económico sea la falta de fijeza en las relaciones de la producción y del consumo, y en tanto que las condiciones económicas y de cultura de las clases obreras no hayan mejorado notablemente; no obstante, sería injusto negar á esta forma de la cooperación la prioridad que le corresponde, si no en orden á los resultados actuales por lo menos en cuanto á su valor intrínseco como instrumento eficazísimo de reforma».

No creemos bastante justificados los temores del Sr. Sanz y Escartín en cuanto al primer extremo. Ni los malos éxitos de las cooperativas de producción han sido tantos y tan grandes que hagan temer un fracaso definitivo, ni tampoco han sido debidos á causas inherentes al sistema, sino más bien á deficiencias y defectos de organización y de actuación en los primeros ensayos, y que han ido corrigiéndose. Así, y hasta cierto punto, viene á reconocerlo el Sr. Sanz y Escartín al manifestar que «gran número de ensayos de este régimen han tenido un fin desastroso; pero, á pesar de esto, el número de las sociedades cooperativas de producción, si bien representa poco comparado con el conjunto de la industria, sigue en constante aumento»; que «las grandes sociedades cooperativas de producción establecidas en Inglaterra, Escocia é Irlanda han fundado talleres y manufacturas de todas clases»; que «en Bélgica la poderosa asociación Woowrt, en Gante, ha establecido diversas explotaciones»; que «en Inglaterra, Francia, Alemania y aun Italia existen centros de producción cooperativa que abarcan industrias tan importantes como las de tejidos, máquinas, sustancias alimenticias, tipografía, muebles, etc.», y que «su existencia y relativa prosperidad demuestran que no es ilusión esperar que puedan ser con el tiempo un factor de primer orden en la obra de la paz social y de armonía de todos los intereses, que se impone y se impondrá más cada día en todo hombre de buena voluntad».

Prestamos nuestro más completo asentimiento á esta que puede decirse rectificación, ó aclaración si se quiere, de los temores ó desconfianzas de que últimamente nos hicimos cargo.

El número creciente de las cooperativas de producción, de cuyo régimen y funcionamiento no nos ocuparemos, la existencia asegurada de la mayor parte de ellas y la prosperidad, cada día más creciente, de muchas, demuestran que el principio de la cooperación obrera en la producción conduce, cuando con prudencia y con reflexión suficiente se le aplica, no al fracaso, sino al éxito lisonjero, y demuestran asimismo que el mal resultado de algunas de estas cooperativas, al igual que los fracasos que con frecuencia se señalan en el régimen patronal ó capitalista, han provenido no del principio, no del sistema, sino de las condiciones particulares en que se han efectuado, de vicios particulares orgánicos, de circunstancias especiales, ó de haber patrocinado ideas que al ser llevadas á la práctica no podían menos de obrar contraproducentemente.

Para el desenvolvimiento, y aun para la mera aclimatación de la cooperación obrera, aplicada á las industrias y al comercio y á otros fines que puede abarcar y abarca, es necesario prescindir de lo utópico, de lo puramente ideal: las enseñanzas de la práctica, de la experiencia, son las que deben tenerse presentes.

Lo ideal podrá llegar, y las más de las veces llega, á ser una realidad; pero para conseguirlo se hace preciso considerar antes el presente y en éste apoyar el punto de partida. Cuantos proyectos de reformas y cuantos sistemas en los órdenes político, económico y social prescindieron de la vida real, no se adaptaron al medio ambiente y no comenzaron por obrar sobre éste para modificarlo en correspondencia con sus aspiraciones, ó no pasaron de la mera teoría, ó fracasaron acto seguido de implantarse. Así ha sucedido con las cooperativas en general, y muy especialmente con las de producción: aquellas que sólo atendieron á las teorías prepararon su muerte inmediata; en cambio, el mayor número, en cuyo establecimiento, á más de los principios científicos ó especulati-

vos, se tuvieron en cuenta y apreciaron en todo su valor los hechos, las circunstancias, las realidades, lo que por de pronto era factible, fueron desarrollándose, perfeccionándose y aumentando sus éxitos: su obra, aunque basada en el presente, mira, sin embargo, más que á éste, al porvenir.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

HISTORIA Y SITUACIÓN ACTUAL

DE LA

COOPERACIÓN EN ESPAÑA

No es empresa hacedera exponer de manera exacta, ni siquiera aproximada, el estado de la cooperación en España.

Falta un centro que se encargue de recoger noticias sobre el particular, que tampoco se muestran propicias á facilitar nuestras sociedades cooperativas, sin vínculos entre sí que las relacionen, encerrada cada una en la realización de su objeto, y huyendo por orgullo, por modestia, por indiferencia, por temor, de lo que juzgan alardes inoportunos.

Contra este escollo se han estrellado, contra estas preven- ciones han luchado en vano los pocos historiadores de la cooperación española que registra nuestra literatura económi- ca, á saber: el infatigable D. Fernando Garrido, autor de un folleto de ardiente propaganda, titulado *La cooperación*; el ex Ministro D. Manuel Pedregal y Cañedo en su libro *Sociedades cooperativas*, y el catedrático de la Universidad Central don José Piernas Hurtado, que ha publicado coleccionadas y con interesantes apéndices tres conferencias dadas en El Fomento de las Artes sobre *El movimiento cooperativo*.

Si no hay aquí un centro que reúna datos y, lo que sería más importante, que imprima actividad, fuerza y dirección á este movimiento, tampoco existen leyes especiales, disposi- ciones concretas que favorezcan y encaucen su desarrollo. Por fortuna la legislación general es sumamente amplia y no hay forma de sociedad de objeto lícito que no pueda con li- bertad tomar asiento en nuestra patria.

Consideradas las sociedades cooperativas en general como

simples asociaciones y mal equiparadas para el caso, juntamente con los gremios, las sociedades de socorros mutuos, de previsión y de patronato, á todas aquellas asociaciones constituidas para fines religiosos, políticos, científicos, artísticos, benéficos, de recreo y cualesquiera otros lícitos que no tengan por único y exclusivo objeto el lucro ó la ganancia, la ley de 30 de Junio de 1887, sobre ejercicio del derecho constitucional de asociación, se ha encargado de regular sus relaciones externas, de derecho público, ó sea con la autoridad civil.

Los registros especiales que esta ley ordena que se lleven en los Gobiernos de provincia, y en los que se toma razón, para que su existencia sea cierta y legal, de las asociaciones que tienen domicilio ó establecimiento en su respectivo territorio, pueden ser un indicador precioso para averiguar el número, denominación, objeto y domicilio de las diversas sociedades cooperativas que funcionan ó han funcionado en España desde la fecha de la apertura de esos registros.

Hemos utilizado en cuanto hemos podido esa fuente. El ex Ministro de la Gobernación, Sr. Ruiz Capdepón, tuvo la galantería, que no sabremos agradecer bastante, de dirigirse á todos los Gobernadores de las provincias para pedirles un estado de las sociedades cooperativas inscritas en los registros de las mismas. La mayor parte de los Gobernadores cumplieron este encargo, que tenía el carácter de particular. Otros lo descuidaron, caso de que, como es hasta probable, no hayan sufrido extravío ó se hayan traspapelado, al cambiar el Ministerio, las notas que hubiesen enviado.

No fuimos tan afortunados con la situación política posterior, á la que también, por medio de tercero, suplicamos reclamase de los Gobiernos de provincia omisos los estados que colmaran los vacíos que encontrábamos en nuestros apuntes. Atenciones preferentes, sin duda, los intereses y los cuidados de la política, que en una situación que empieza su vida eclipsan y se sobreponen á los demás intereses, relegaron al olvido nuestra humilde petición; pues es el caso que no hemos arribado ya, no á completar nuestro cuadro, sino siquiera á añadir un solo dato más á los que habíamos antes recogido.

Y tanto más lo lamentamos, cuanto que nos faltan noticias de algunas de las provincias de más desarrollo industrial y población obrera (la de Barcelona, por ejemplo), y en donde es fundamentalmente de suponer existan en mayor número sociedades cooperativas.

El hallarse englobadas éstas en los registros con todas las demás asociaciones y la vaguedad de los datos que han llegado á nuestro poder no nos permite deslindar bien en todos los casos cuáles de las inscritas son en rigor sociedades cooperativas y cuáles otra clase de asociaciones, principalmente de socorros mutuos, que aunque no tanto como en otras naciones, se han multiplicado, sin embargo, bastante en España, como que sólo en la provincia de Barcelona se cuentan 1.153. Además, varias de las sociedades cooperativas existentes, por su carácter comercial, estarán inscritas en el Registro mercantil y no en el de asociaciones, y queda siempre la duda de si algunas otras, ya no por recelo á las suspicacias del Poder, cual aconteció en un principio, sino por ese descuido ó indiferencia tan en el carácter de algunos españoles que hasta llegan á considerar como signo de pusilanimidad el estricto cumplimiento de los requisitos legales, habrán dejado de hacer constar su existencia en los registros correspondientes.

Cuanto digamos tiene, por consiguiente, que resentirse de las condiciones en que se ha verificado nuestra observación, sobremanera incompleta. Refiramos antecedentes.

* * *

Tres épocas deben distinguirse en el estudio de nuestro movimiento cooperativo. La anterior á la revolución de Septiembre de 1868, la revolucionaria que se cierra con la restauración de la Monarquía y la contemporánea á partir de 1875.

Cuenta Fernando Garrido—y bajo su responsabilidad lo reproducimos, pues nos parece algo sospechoso de parcialidad el testimonio—que durante la dominación del partido moderado los trabajadores que querían asociarse para adquirir más baratos los objetos de consumo y aliviar de esta ma-

nera su miseria, tenían que efectuarlo en secreto, á la manera de criminales que se reúnen en las sombras de la noche para concertar sus siniestros planes; y pone como ejemplo una asociación que por los años de 1849 existió secretamente en Barcelona y llegó á contar unas cien familias, las cuales, haciendo sus compras en común, economizaban cuatro cuartos en cada peseta (cerca del 12 por 100).

El mismo autor cita á propósito de otra de producción que llegó á tomar después gran vuelo, *La Obrera Mataronesa*, que cuando sus fundadores, en 1864, trataron de formalizar su contrato de sociedad no hallaron en Mataró notario que se prestase á autorizar la escritura social, teniendo que recurrir para ello á Barcelona, y como el Gobernador civil de la provincia hubiese negado su aprobación á los estatutos, fué tal el desaliento que se produjo en los socios, que de 247 que eran en 1.º de Julio de aquel año, al cabo de doce meses ya no había más que 80, continuando el descenso hasta no pasar de 7 cuando estalló la revolución de Septiembre.

Verdad es que esta compresión y desconfianza de la libertad; las prevenciones del Poder contra el desarrollo de la asociación obrera, provocadas por algunos chispazos socialistas, como el de Loja en 1861, que motivó se adoptasen ó reprodujesen medidas restrictivas del derecho de asociación, no eran peculiares de España.

Hubert Valleroux (1) transcribe la relación de uno de los fundadores de la primera sociedad de crédito mutuo en París, el *Banco de la Solidaridad Comercial*, los cuales, en 1857, para discutir su reglamento se reunían sigilosamente, y con centinelas apostados, en los claros del bosque de Vincennes, enterrando en seguida las actas.

Poquísimas son las sociedades cooperativas de aquel tiempo que han llegado á nuestra noticia; además de las referidas, la de *Papeleros*, de Buñol, fundada en 1858 como de crédito, mediante la cuota mensual de veinticinco céntimos de peseta; la *Proletaria*, sociedad de producción del arte de la seda, establecida en Valencia en 1856, que en 1884 contaba diez so-

(1) Les associations coopératives en France et l'étranger.

cios y llevaba 17 telares; la *Comercial Amistosa*, en 1865; alguna que otra de consumo en Valencia también, donde, según la memoria del Sr. Pérez Pujol, titulada *La cuestión social en Valencia*, se operó de 1856 á 1860 en esta rama de la cooperación cierto movimiento que pasó silencioso y desapareció sin dejar apenas rastro; y varias en Andalucía. La falta de libertad, el tener que reducirse á grupos de 20 personas para no caer, como sociedad ilícita, bajo los rigores del Código penal de entonces, tenía que coartar y sofocar su desarrollo.

* * *

La revolución de Septiembre de 1868, que á raíz de su triunfo se apresuró á sancionar por el decreto de 20 de Noviembre del mismo año el libre derecho de asociarse, principio que al año siguiente fué desenvuelto en el orden del derecho privado por la ley de 11-19 de Octubre, que consagró la libertad de creación de Bancos y toda clase de sociedades mercantiles ó civiles, produjo una gran fermentación social, y bajo su influencia una expansión irreflexiva del espíritu de asociación. Afirma Fernando Garrido que en los primeros años, ó sea hasta 1873, se fundaron más de 600 sociedades cooperativas, pues sólo en la ciudad de Jerez de la Frontera pasaban de 50, tanto de producción como de consumo, las en aquella época creadas.

Pero las clases obreras estaban faltas de la preparación necesaria, y fiaban indiscretamente á la ilusoria virtualidad de una institución lo que debe ser exclusivamente obra de las dotes serias de los individuos que la forman. Hallábanse además imbuídas del espíritu revolucionario de aquellos tormentosos tiempos, y sobre todo, sacudidas por la Internacional, que en su fase y rama más avanzada se había propagado aquí como en ningún otro país, la cual desde el Congreso de Lausana veía con malos ojos las sociedades cooperativas libres.

Por un lado los cooperadores eran víctimas de la odiosidad de las sociedades de resistencia, cuyos directores, refiere Garrido, llegaron á exigir de los dueños de las fábricas que no

diesen á aquéllos trabajo. Por otro, el Gobierno, á proporción que crecía el peligro social, había ido rectificando su benevolencia para con el movimiento societario, de cuyos fines reales desconfiaba, hasta el punto de que nuestra jurisprudencia registra la curiosa decisión de 10 de Marzo de 1873, declarando acto lícito y no penable el de reunirse para crear una sociedad cooperativa. No es de extrañar, pues, que aquella pluralidad de sociedades cooperativas, fundadas en tan anormales circunstancias, hubiesen ido cayendo en su mayoría con la misma rapidez con que se habían erigido, y que sólo hubiesen sobrevivido las que satisfacían á las verdaderas condiciones económicas de existencia.

De aquel tiempo datan, unas que continúan aún, otras que han sucumbido, las siguientes, principalmente de Cataluña, que fué la región donde más vitalidad y brío alcanzó el movimiento cooperativo:

La Obrera Mataronense, antes citada, que se reanimó al soplo de la revolución de Septiembre, hasta el punto de que pronto pasase de 100 el número expirante de sus socios. En 1870, al visitarla Garrido, ocupaba, de su propiedad, una extensión superficial de 20.534 metros cuadrados, en la que se hallaba instalada su fábrica de tejidos de algodón, alumbrada con luz eléctrica, con 132 telares movidos por vapor, los edificios anejos para el servicio de la fabricación, un taller de cerrajería, un almacén de artículos de consumo para el abastecimiento de los socios, casino y biblioteca para éstos, escuela de labores para sus hijas y de primeras letras para los niños, jardines y gimnasio al aire libre para proveer al desarrollo físico, casas que empezaba á construir para los socios, etc. En fecha ya próxima las infidelidades de un gerente la han hecho atravesar una crisis gravísima.

La Cooperativa de Ebanistas, fundada en Barcelona en 1872, y la de *Canteros*, también de Barcelona, que por abusos de régimen se disolvió luego.

Como de consumo *La Villanovesa*, de Villanueva y Geltrú, establecida en 1871 por 194 socios, cuyo número se elevó en 1879 á 350, y que ha tenido que luchar con la mala voluntad de las mujeres de los mismos, más gustosas de sur-

tirse en las tiendas del comercio que en el almacén cooperativo, seducidas por el aliciente de las propinas y por las facilidades que en ellas hallan para las compras al fiado, á que son tan inclinadas.

Esta sociedad con sus generosos auxilios impidió naufragarse otra de producción formada por los toneleros de Villanueva y Geltrú, en cierta ocasión en que la quiebra de un comprador de sus toneles les hizo perder 4.000 pesetas.

El Porvenir, de Cornellá, fundada en el mismo año de 1871 por 44 socios, número que en 1878 ascendía á 213, haciendo concebir á Garrido la esperanza de que llegase á ser cooperativo todo aquel pueblo, compuesto sólo de 300 vecinos. Y aun cuando con posterioridad ha aumentado la población, también es mayor el contingente de socios, y la relación subsiste. Ha establecido una escuela, un café, y su vasto salón de juntas generales lo dedica en ocasiones á fiestas y bailes.

La Bienhechora, de Badalona, compuesta en su mayor parte de pescadores, y que se fundó en 1873 por la federación de otras cuatro que databan de 1869, contando en aquella época unos 600 socios. Á los cinco años poseía un horno de cocer pan, cinco establecimientos de abacería, carne, carbón, etc., un taller de alpargatería, otro de fabricación de cuerdas de cáñamo para embarcaciones de pesca y una escuela. Así como *La Obrera Mataronense*, cooperativa de producción, produjo como derivada una sección de consumo, *La Bienhechora*, de Badalona, cooperativa de consumo, dió origen á la cooperación de producción.

Otras tres cooperativas de consumo de menor importancia se establecieron en Badalona. Bajo el influjo de estas diversas sociedades se ha mejorado la calidad de los mantenimientos en Badalona, reaccionando contra aquella mala fama suya que hacía se llamase en Cataluña las reses lanares de desecho badalonas por antonomasia.

La Unión Obrera, de Sans, también de 1873, fundada por 1.200 socios y con un capital de 3.000 pesetas, que había sido reunido por cuotas mensuales de 12 céntimos escasos de peseta (cuatro cuartos).

Muy luego adquirió un horno para pan, estableció escuelas

diurnas y nocturnas para niños y adultos y se ramificó en otra cooperativa de producción de ladrillos.

Del período revolucionario conviene también citar la de Escardino y Compañía, en Valencia, cooperativa de producción de peñeros, instituída en 1870, y que trabaja con motor de vapor, y un ensayo de la cooperación de consumo, hecho en gran escala en 1869, en la misma ciudad, bajo los auspicios de su Sociedad Económica de Amigos del País. Pero aquella tentativa de patronato de la clase media en interés de la obrera, sin que sepamos bien los pormenores y las causas eficientes ú ocasionales del fracaso, no dió resultado, perdiéndose el capital y habiendo precisión de disolver el instituto.

Poco después, en 1872, funcionaban en Valencia dos cooperativas de consumo que tenían 262 socios: *El Movimiento* y *El Compañerismo*, creadas por los operarios del ferrocarril de Almansa.

*
* *

Desde la restauración acá el movimiento cooperativo ha entrado en nuestro país en una fase más sosegada, pero que es de sentir no sea más activa. Se han ensalzado en todos los tonos las excelencias de la cooperación, mas los hechos no han correspondido en la misma medida á las palabras, y España se halla rezagada en este punto respecto de otras naciones que en otras esferas le ceden mucho en importancia. De las diversas ramas de la cooperación sólo la de consumo es la que ha tomado algún desarrollo, á pesar de la ojeriza y pugna del comercio al por menor. Hoy mismo las Cámaras de Comercio predicán una cruzada contra las cooperativas militares, que viven vida próspera en diferentes ciudades, recurriendo contra ellas á los Poderes públicos, no para que se corrijan posibles abusos, lo cual fuera razonable, sino para que se las sujete á una pauta que trabe por completo su libertad de acción y que produciría su desnaturalización completa como tales cooperativas.

Reseñemos rápidamente las diversas Sociedades cooperativas que han llegado á nuestra noticia, sin que creamos nece-

sario advertir de antemano que aquí, como en todas partes, las diversas formas de la cooperación se compenetran, y que una misma Sociedad amplía su objeto y extiende sus aspiraciones y sus cuidados por ramas diversas.

Cooperación de consumo.

En Madrid funcionan actualmente las siguientes Sociedades que son á la par cooperativas de consumo y de socorros mutuos:

La Sociedad de los obreros de los talleres generales de la Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante.—Fundóse en el primer semestre de 1890, con objeto de proporcionar á los socios y á sus familias, con la mayor economía, artículos de consumo; crear un capital que sirva de base á una Caja de socorros reintegrables y no reintegrables, y formar capitales individuales por medio del ahorro; esto es, con las suscripciones mensuales, que no deberán bajar de 2 pesetas, y con la parte de los beneficios sociales que se les adjudique. Por las dos terceras partes del capital que hagan en la Sociedad, pueden los socios tomar géneros al fiado.

No le han faltado contrariedades á esta Sociedad, que ha tenido que litigar con un extesorero suyo y que corregir imperfecciones de contabilidad. En 31 de Diciembre del año último eran 196 sus socios, el capital social líquido 25.491 pesetas y los beneficios del mismo año 6.442. De sus memorias anuales no aparece que tenga tiendas propias, sino estar contratada con diferentes proveedores de comestibles, carnicería, carbonería, lencería, sastrería, zapatería, sombrerería, mueblaje, relojería y peluquería.

La Sociedad de los empleados de la Compañía de ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante.—No ha tenido á bien suministrarnos noticias acerca de su estado.

La Sociedad filantrópica y económica militar, creada en Agosto de 1892.—Su objeto principal es adquirir directamente de los puntos de producción los géneros que necesiten los socios ó-contratar este suministro con los comerciantes é industriales,

y como objetos secundarios prestar á los asociados para verdaderas necesidades, sobre los haberes que disfruten, á un interés que no pase del 4 por 100 anual; adelantar sin interés alguno á las viudas y huérfanos de los socios las pagas que pudieran corresponderles hasta la resolución de los expedientes de pensión respectivos; condonar total ó parcialmente las deudas que los socios hubiesen contraído con la Sociedad, si no pudiesen satisfacerlas sin grandes privaciones para sus familias; establecer centros de enseñanza para la educación de los hijos de los asociados, etc. Para tan múltiples objetos, y prescindiendo de lo donado por los fundadores para la formación del fondo social, que se acrece con el 2 por 100 de los beneficios y el interés que en su día devenguen los préstamos, los socios no contribuyen con cuota alguna. Véase cómo opera.

Por hoy sólo posee, como propio, el almacén de carbón, y proyecta establecer en breve una tienda de comestibles de todas las clases. Entre tanto los géneros los contrata con diferentes comerciantes é industriales de cada especie, á saber: pan, ultramarinos, carnes, pescados, frutas, pollería, vinos, pastas y galletas, pasteles y confites, leche de diferentes clases, loza, cacharrería, petróleo, camisería, sastrería, hules y gomas, gorras de uniforme, sombreros, calzado, corsés, ropa de señoras y niños, sedas, tejidos, papel y objetos de escritorio, relojes, instalaciones de gas, luz eléctrica y lampistería, bazar médico, drogas y perfumes, corbatas, tinte y quitamanchas, cestas, dentista, guantes y perfumes, imprenta, camas, jabón, farmacia y servicio funerario: en una palabra, la serie de las principales necesidades del hombre civilizado.

El socio, con la lista de las tiendas concertadas en la mano, se provee en la que de entre ellas mejor le acomode, y previos los ajustes que estime convenientes sobre precio y plazo, presenta luego su título de socio al proveedor, que tiene obligación por el hecho de entregarle un vale de la Sociedad, sellado con el del comercio, representativo del gasto verificado, si éste llega á 25 céntimos de peseta, que es la menor cuantía de los vales. Éstos sirven para exigir la responsabilidad al comerciante ó industrial que abusase, y para abonar al inte-

resado la parte del tanto por ciento convenido con aquéllos, el cual varía desde el 5 al 30 por 100, según la relación inserta en el *Boletín* de Mayo último, que tenemos á la vista.

El procedimiento para constituir la cooperativa de consumo es el inverso del hasta aquí seguido—nos dice su director,—pues se le da al socio una cuota mensual más ó menos importante, en vez de pedírsela, como hasta ahora.

Cuenta actualmente unos 3.000 socios, y su consumo mensual, que al empezar, en Noviembre de 1872, no pasó de 1.888 pesetas, que dieron un beneficio de 215, en Abril del corriente año llegó ya á 35.410 con una ganancia de 2.543.

La Mutualidad, organizada en El Fomento de las Artes por resultado de las conferencias dadas en dicho instituto por el Sr. Piernas.—Según sus estatutos, consisten sus fines en la mutualidad para el ahorro y el consumo y en la mejora de la condición moral, intelectual y económica de sus miembros. Tratará, además, de favorecer el movimiento cooperativo y entablar relaciones de unidad con las Sociedades análogas de España y del extranjero, coincidiendo así en este pensamiento con los promovedores de la Alianza cooperativa internacional. Su tráfico, es por lo pronto, el de los artículos de primera necesidad, que puede comprar al contado ó á plazo, según sus conveniencias, pero que ha de vender precisamente al contado y á los precios corrientes: el canon más irreprochable de la cooperación de consumo.

Sobre los beneficios creará un fondo destinado á establecer instituciones de enseñanza, como escuelas, bibliotecas, talleres de aprendizaje, etc.; de cultura y esparcimiento, como veladas artísticas, y todos los demás servicios útiles para la moralidad y recreo de los asociados. Nos faltan datos acerca del resultado numérico de sus operaciones.

D. José Piernas cita también *El Obrero Español*, de Madrid, Sociedad que hacía años funcionaba, teniendo establecidas numerosas enseñanzas, recreos y socorros para sus 5.000 socios, y que comenzaba á suministrarles algunos artículos de consumo, y

El *Círculo Cooperativo Militar*, que estaba organizando sus servicios de consumo el año de 1890. Ni la una ni el otro,

caso de que éste no sea la *Sociedad Filantrópica y Económica* que hemos dado á conocer, aparecen inscritos en el Registro de las asociaciones de la provincia.

Y digamos de pasada que tampoco se registran cooperativas de consumo en las demás provincias de Castilla la Nueva, pues la establecida en Toledo por iniciativa y los cuidados del Sr. Moret, y que era en rigor un economato, como lo son algunas de las que acabamos de reseñar, desapareció por abusos de los proveedores, que expendían géneros averiados. Inconvenientes de este sistema, á medias, de la cooperación.

Pasemos por alto á Aragón, ayuno de instituciones cooperativas, y lleguemos á Cataluña, tierra que les ha sido más propicia.

À las ya atrás mencionadas hay que agregar:

La Cooperativa de los Tejedores á mano de la villa de Gracia, creada en 1876 al separarse, para fundar una cooperativa aparte, los albañiles, fusionados antes con los tejedores en otra anterior. La de que tratamos admite, sin embargo, con el nombre de *extrasocios*, á los trabajadores de los demás oficios, pero sin voz ni voto en las Juntas, y sólo con derecho á surtirse de la tienda de la Sociedad mediante el pago, para gastos de administración, de diez céntimos de peseta á la semana. Expende los géneros á precio de costo y gastos, como la mayor parte de las cooperativas de Cataluña; no reparte dividendos, y el pequeño remanente que resulte se destina en la actualidad, pues antes eran completamente gratuitos los cargos, á retribuir á los socios que voluntariamente quieren encargarse del despacho.

Hay, además, Sociedades de esta clase en Sabadell, Hospitalet, varias en Barcelona, como *La Abastecedora*, constituída en 1882 para la compra y venta de comestibles y drogas, en forma anónima, por acciones de 50 pesetas; *El 15 de Agosto de 1889*, establecida en Barceloneta, cuyo título marca la fecha de su fundación, y que limita sus operaciones al exclusivo surtido de sus socios, y *La Fraternidad*, domiciliada igualmente en Barceloneta. La falta de datos respecto á la provincia de Barcelona nos obliga, mal de nuestro grado, á la sobriedad.

En la provincia catalana de Gerona se hallan inscritas como de consumo:

«La Económica Palafrugellense», en Palafrugell.

«La Regeneradora», en Llagostera, y

«La Equitativa Blandense», de Blanes, de creación reciente, y que se propone, cuando su desarrollo se lo permita, ampliar su esfera de acción al fomento de la enseñanza entre los asociados y sus familias.

Y como de consumo, á la par que de crédito mutuo:

«La Progresiva», de Calonge.

«La Protectora», de Cassá de la Selva.

«La Reformadora», de Palafrugell.

«La Económica Bagurense», de Bagur.

«La Ley», de San Antonio de Calonge, y

«La Economía», de Agullana.

Renunciamos á entrar en pormenores acerca de estas Sociedades por ser algo confusos los que sobre ellas nos han dado.

En el reino de Valencia ha tenido más empuje que en las otras regiones el movimiento cooperativo.

Cuando en la pasada década se verificó en toda España la información sobre la situación de las clases obreras, cuyo expediente curioso é instructivo sigue en curso de publicación, la información practicada en Valencia, que ocupa todo un tomo, presentaba entre sus numerosos cuadros uno relativo á las Sociedades cooperativas de consumo, que á la sazón eran cinco en el distrito de Valencia, fundadas desde 1881: una en Tabernes de Valldigna, de 1887; otra en Játiva, y otra, aún en formación, en Alboraya, arrojando el conjunto de las nueve un total de 1.953 socios.

Advierten las memorias que las cooperativas obreras de consumo habían dado resultado en su período inicial ó de organización mientras el despacho era limitado y podían atender á él por las noches ó en los días festivos los mismos socios; pero que habían declinado tan pronto como por el cansancio de éstos ó el desarrollo de los negocios había habido que encomendar esta función á gerentes ó factores retribuidos. No aconteciera lo mismo en el campo, donde las clases

y personas se hallan más unidas y no hay interés en los gerentes en suplantar á la Sociedad; prosperaban así allí las Sociedades de consumo, las cuales empezaban por operar en el ramo de los mantenimientos y extendían luego su actividad á las semillas y abonos, en los que, más comúnmente que respecto de los primeros, se admitía el sistema de ventas á crédito.

El registro de asociaciones de la provincia de Valencia comprendía en 12 de Febrero último las siguientes cooperativas de consumo:

«El Amparo de la Agricultura», en Valencia.

«La Favorecedora de la Agricultura», íd.

«La Previsora», íd.

«La Sociedad cooperativa de Maestros carpinteros con taller», íd.

«La Protectora de la Agricultura», íd.

«La Sociedad cooperativa del Ejército y Armada», íd.

«La Productora», íd.

«La Cooperativa Valenciana», íd.

«La Asociación de Obreros en general», íd.

«La Sociedad Cooperativa Obrera», en Benifayó de Espioca.

«La Cooperativa», de Tabernes de Valldigna.

«Sociedad Cooperativa Obrera», de Alcudia de Carlet.

«Sociedad Cooperativa Obrera», de Alfarp.

«Sociedad Cooperativa Obrera», de Picasent.

«La Unión», de Llosa de Ranes.

«La Agrícola», de Bellreguart.

«La Naranjera», de Carcagente.

«Sociedad Cooperativa», de Alborache.

«Unión Obrera», de Villa del Grao.

«Sociedad cooperativa y de socorros mutuos», de Enova y Sanz.

«La Esperanza», de Pueblo Nuevo del Mar.

«La Previsora Cooperativa y Benéfica», de Benifayó de Valldigna.

«La Amistad», de Benimaclet.

«Sociedad Cooperativa», de Picaña.

«La Unión», de Rafelguaraf.

- «La Bienhechora», de Silla.
- «La Fraternidad Gadiense», de Gandía.
- «La Cooperativa y de socorro», de Bétera.
- «La Cooperativa Obrera», de Llombay.
- «La Unión Agrícola Obrera», de Burjasot.
- «La Unión Económica», de Simat de Valldigna.
- «El Compañerismo», de Puebla Larga.
- «La Sociedad Cooperativa», de Cárcer.
- «Sociedad de Consumo de carne», de Aldaya.

Y no incluimos en esta relación otras tres Sociedades, pues aunque con el dictado de cooperativas (Sociedad cooperativa de sastres de Valencia, Sociedad cooperativa de socorros de Requena, Sociedad cooperativa obrera de Albal), entendemos que son exclusivamente de socorros mutuos.

La Protectora de la Agricultura, de Tabernes de Valldigna, que en la lista remitida por el Gobernador de Valencia figura acaso por equivocación con el mero nombre de La Cooperativa, se constituyó en 1877 por plazo de diez años, á cuyo término liquidó, repartiendo entre los socios el capital de 140.000 pesetas formado por las cuotas mensuales de 50 céntimos y las ganancias obtenidas en la venta de comestibles y abonos y en los préstamos. Reorganizada en 1884 y como la mayoría de sus socios son labradores, atiende con preferencia á las necesidades agrícolas y económico-domésticas de la clase agricultora. Vende en tienda abierta al público comestibles, maderas, hierros y abonos; presta á los socios sobre hipoteca y al 8 por 100 en casos de desgracia. Posee casa propia, y en 1889, según las noticias facilitadas al Sr. Piernas, tenía 383 socios, 200.000 pesetas de capital y había ganado aquel año 15.769.

El mismo escritor menciona la de Cullera, fundada en 1878 por 70 socios, la cual en Septiembre de 1881 presentaba un activo de 26.720 pesetas. Ignoramos si habrá liquidado.

La Sociedad Unión Agrícola Obrera, de Bétera, se creó en 1892 por 60 socios y con un capital inicial de 296 pesetas. Es su objeto proporcionar artículos de primera necesidad para el consumo de los socios y sus familias y el socorro mutuo en sus enfermedades.

Todo socio, antes de llegar á numerario, tiene que pasar por la categoría de aspirante; y tanto unos como otros, cuyos derechos respecto á las Juntas son diferentes, deben pagar 40 céntimos de peseta á la semana. Las compras que efectúen en los centros de abastos establecidos por la Sociedad son al contado; pero en casos de desgracia puede prestárseles artículos de consumo por el tercio de las cuotas que hayan satisfecho, término de quince días y bajo la fianza de dos socios.

La Sociedad, según nos ha escrito, lucha con grandes dificultades locales, y entre ellas la falta de espíritu de asociación que allí se reconoce. Así es que el número de socios ha bajado, no contando en Mayo de este año, entre fundadores y numerarios, más que 40.

La contigua provincia valenciana de Alicante presenta inscritas como de consumo:

El Trabajo y La Unión Obrera, en Alcoy; *El Porvenir*, en Orihuela, inscritas las tres en 1887. *La Cooperativa de Obreros* (1888) y *El Alba* (1889), en la capital, y la *Sociedad Cooperativa de Obreros* (1893), en Albaterra.

J. DÍAZ DE RÁBAGO.

(Concluirá.)

LA GUERRA Y EL COMERCIO

EN EL ORIGEN Y DESARROLLO DE LAS GRANDES NACIONES

Adoptando el método de observación para estudiar la influencia que la guerra y el comercio han ejercido y ejercen siempre en el desenvolvimiento de las grandes naciones, resulta que el Egipto, pueblo en que se desenvuelve la primera civilización que aparece en la historia, se halla al nacer poblado de numerosas tribus patriarcalmente constituídas, las cuales están en continuas guerras, que dan por resultado el predominio de unas ciudades sobre otras y la formación de dos reinos, que más tarde, en tiempo de Menes, llegan á constituir un solo imperio

Las invasiones y continuas correrías de los hicsos despiertan en los habitantes del valle del Nilo el espíritu de conquista; Taho-at mes I inaugura las grandes expediciones al Asia, y Taho-at-mes III señala el apogeo de aquel imperio, reuniendo los dominios más vastos que jamás llegó á tener.

Entonces, debido á la guerra y al espíritu expansivo de las razas, empieza la propagación de la cultura, que es llevada á todos los confines del mundo por la conquista y el comercio, contribuyendo á ello los egipcios, los judíos, los babilonios, los lidios, los medos, etc., originándose el nacimiento de la civilización persa de carácter sincrético en Oriente; la helénica, en Grecia; en Italia, la etrusca; y hé ahí cómo aquella ciudad que un día había de ser la señora del mundo, empieza siendo esclava de un pueblo semi-asiático.

La necesidad de defenderse contra los príncipes aqueos, siempre hostiles, impuso á los espartanos el régimen militar, y Atenas llega á su apogeo bajo Pericles, al ver realizado su sueño de ejercer la soberanía en el mar Egeo

Roma florece en tiempo de Augusto al terminar su obra de conquistar casi toda la tierra, comprendiendo sus dominios desde el Atlántico al Tigris, del Danubio al desierto africano. Entonces tiene lugar la Edad de Oro del pueblo latino, que da artistas como Vitrubio, filósofos como Séneca, oradores como Cicerón, geógrafos como Estrabón y arquitectos, en fin, como los constructores de esos acueductos, puentes, anfiteatros, circos, termas y templos que aún son la admiración del género humano.

Las guerras de las Cruzadas son las que más tarde traen el renacimiento á Europa, sumida en la postración y dominada por el feudalismo. Nuestro objeto al realizarlas estaba limitado á conquistar los Santos Lugares, pero por medio de ellas los cristianos conocen otros pueblos, otras civilizaciones, otros mundos que arrancaron de sus ojos el velo de la ignorancia que los cubría, y sacudiendo el yugo de la esclavitud que pesaba sobre su cuerpo y su alma, pasan de las tinieblas de una horrorosa noche á ser iluminados por los rayos del sol que Oriente les envía, trayendo de allí, en vez de la victoria sobre los sarracenos, otra de no menor importancia: el germen de la civilización europea.

Nosotros tuvimos nuestra mayor grandeza á fines del siglo XV y principios del XVI, al ser satisfechos nuestros especiales votos de arrojar de la Península al agareno, después de un combate de ocho siglos que terminaron los Reyes Católicos al tremolar sobre los minaretes de la sin par Granada los egregios pendones de Castilla. Á ésta se une entonces el reino de Aragón, cuya corona orlaban las tres lindas perlas llamadas Cerdeña, Nápoles y Sicilia. Un fraile, Cisneros, nos conquista parte de la tierra africana, y para coronar dignamente la obra, un genovés, Cristóbal Colón, nos regala nada menos que un mundo.

Sin duda, pues, fundándose en estos hechos que nos presenta el ondulado suelo de la historia, dijo Spencer que el período ascendente, llamado de progreso en todas las naciones, está caracterizado por la guerra. Á la lucha, y no á otra cosa, dice Darwin en su célebre obra *Origen de las especies*, deben los pueblos su grandeza y la ciencia sus adelantos; á ella y al

comercio debemos el tener hoy por vehículo el vapor y por palabra al rayo.

Mas ¿podrá suponerse que la guerra terminará al fin y que todas las naciones progresarán sin que unas tengan que perecer para dejar á otras su puesto? ¿Son presagios de paz los progresos de la industria y del comercio? Todo lo contrario: el combate no hace más que cambiar de aspecto, la causa del mismo será distinta, el efecto el mismo. En la antigüedad la guerra tenía por único fin el conquistar territorios: Roma nos presenta admirable ejemplo; en la Edad Media luchamos principalmente por el principio religioso y cúponos la honra de que fuera su campeón constante un monarca español, Carlos V; más tarde, cuando Napoleón paseó triunfante por Europa el carro de sus victorias, luchamos por el equilibrio político; hoy luchamos por arrebatarnos tierras fértiles y plazas comerciales; las armas se han trocado en meros instrumentos del comercio.

En efecto, nuestras ciudades y nuestras naciones, en un principio homogéneas, se ocupaban de las mismas cosas, y cada una se bastaba á sí misma; pero más tarde, cuando los caminos y demás medios de comunicación facilitan las relaciones y por tanto el comercio, la heterogeneidad se manifiesta entre ellas, y ésta es agrícola, aquélla industrial; cada una se distingue por la clase de producciones á que se dedica.

Antes, como los medios de comunicación eran penosos, aunque algún pueblo superase á los demás, la competencia, teniendo por base la equidad y la buena fe, apenas se advierte, aparte de que el coste de traslación equilibra las diferencias; pero hoy, por medio del ferrocarril y los buques mercantes, el transporte cuesta poquísimos y los países vírgenes ó los más fértiles y poderosos, cultivando las mismas materias que los menos fértiles y haciendo de la competencia un arma de combate merced á los múltiples medios de que disponen los Estados, pueden venderlas más baratas en todos los mercados y el labrador ó industrial de los menos productivos é industriales no puede sostener el número de obreros de la localidad, los cuales se ven obligados á emigrar con toda su familia para no volver más al suelo que los vió nacer,

ocasionando así la despoblación, y como consecuencia, la ruina de su patria: ¡hé aquí á la competencia fomentadora del comercio y de la industria, y por ende de la civilización y progreso de los pueblos, convertida por la codicia y la mala fe en arma que destruye y aniquila!

Y este nuevo género de lucha es tanto más terrible cuanto que no sólo conduce á la guerra armada, sino que varía la influencia de las leyes naturales, haciendo que la población de un país no dependa, como afirman algunos economistas, de la cantidad de alimentos que produce, sino del número de empleados que puede dar á la actividad industrial, en fábricas asentadas muchas veces sobre rocas y donde se perfeccionan exóticos productos.

El célebre economista Dewille cita el caso de que en Inglaterra, en una época del siglo XVIII en que la exportación del trigo era muy considerable, estaba detenida la población por falta de alimentos.

Además, merced á la guerra mercantil, se da también el extraño fenómeno de que mientras los almacenes están atestados de artículos de todas clases, la población obrera, productora ó perfeccionadora de esos artículos, sufre la crisis del hambre y la miseria. ¿Por qué? Porque no encontrando el industrial fácil salida á su producción excesiva, se ve obligado á cerrar los talleres y á despedir á los obreros, que sufren hoy por el *superávit* de lo que producen.

Para conjurar estas crisis modernas, para dar salida á tanto como se produce, los pueblos productores han de buscar mercados, y el sistema de encontrarlos es por la fuerza de las armas. Y allá van las flotas de Alemania é Inglaterra á obligar á los habitantes de extraños países á ser súbditos suyos y á comprarles sus mercancías, cuando ninguna falta les hacía ó les había hecho hasta entonces.

No á otro motivo que á evitar la competencia azucarera y á la necesidad de dar salida á sus productos en mejores condiciones obedeció la fatal guerra cubana ó hispano yankee, y al furor mercantil del ambicioso anglo-sajón obedece esa lucha que tanto enaltece al pueblo boer.

De aquí que el comercio sea un agitador constante de la

misma guerra armada: hoy, para buscar mercados; en parte ayer, ofreciendo á las salvajes tribus del África, en cambio de prisioneros, alcohol que los enardeciese y armas para que se matasen; y es que la lucha es inevitable, sea cual sea el aspecto que presente; no es más que una forma de la ineludible ley de la lucha por la existencia.

Por esta razón es preciso prepararse para la lucha; las naciones, como los individuos, han de acomodarse, si no quieren perecer, al medio ambiente en que viven, pues así como en las antiguas épocas guerreras la nación más batalladora era la más próspera y floreciente, en la actual época mercantil la que no quiera sucumbir ha de ser esencialmente mercantil y estar al mismo tiempo protegida por la fuerza armada, que la defiende contra la ambición de algún coloso.

Así lo empieza á comprender España, que á pesar de haber perdido casi todas sus colonias, trata de rehabilitarse empleando las armas de la lucha moderna, por lo que no puedo menos de decir aquí lo que no ha muchos días he dicho en un discurso que he tenido la honra de pronunciar en un importante Círculo de esta corte, y es que en los oscuros horizontes de nuestra patria, ocasionados por nuestros últimos desastres, obsérvase una luz brillante allá en una provincia del Norte, la cual, merced al impulso por ella misma dado á la industria y al comercio, parece haber encontrado los caminos que conducen á otras naciones á la prosperidad y á la gloria. No ha mucho tiempo tampoco, el competente escritor Sr. Troyano se ocupó también, desde las columnas de *El Imparcial*, de este desarrollo industrial y mercantil de la región asturiana. Á lo dicho por él allí, nada he de añadir yo; básteme apuntar, en honor de los astures, que no podía esperarse menos de la laboriosidad, sobriedad é inteligencia de los hijos de esa comarca, que en otros tiempos fué la cuna de la Reconquista, que no podía esperarse menos de los hijos de Asturias, como diría el poeta, tristes como los pinos de sus sierras, fuertes como el granito de sus rocas.

VÍCTOR M. MORÁN.

EL ÚLTIMO DESTELLO

El público selecto, atraído aquella noche memorable al teatro por el estreno de la obra en que el autor, cien veces aclamado, parecía querer resumir sus triunfos y fijar su gloria clásica, escuchaba el final de la tragedia en el silencio del estupor que producen en una generación empequeñecida el gran arte y las grandes pasiones del amor y la ambición, desarrolladas en escenas babilónicas.

En el banquete con que el Rey de los asirios celebraba sus bodas se había servido el último vino, que los cortesanos bebieron con sed de bárbaros, menos los dos generales de los ejércitos de dentro y fuera de la ciudad, que no apuraron sus copas.

Al principio del banquete Nino había otorgado á su desposada el poder real sin límites hasta el momento en que bebiese la última copa, que le fué servida en cáliz de oro.

El Rey fué el primero en rendir acatamiento, como todos los comensales después, á Semíramis, que durante la comida había ejercido el poder soberano con imperio y majestad.

Cuando los vapores habían enardecido los corazones y enturbiado las cabezas, Semíramis se levanta con el cáliz de oro en la mano izquierda, como si fuese á dar fin á su poder absoluto; pero tendiendo la mano derecha, en ademán de poder inflexible, decreta con gran solemnidad la muerte del Rey, que aplaude, con todos los magnates, el ingenio de la fábula, que promete ser digno fin de las fiestas reales.

Nino, que se había dejado prender por los dos generales que no habían apurado sus copas, se adelanta entre ellos y, humillado ante la Reina, empieza una arenga en tono de comedia pidiendo á la soberana la vida en cambio de la esclavitud; pero al ver relucir las espadas impacientes de los genera-

les, como contenidas por la vacilación del último respeto, cruza como relámpago la sospecha primera por su mente, y su palabra vacila un momento. Sofocada la duda fugaz por el orgullo y por el amor, con voz vibrante y vehemencia creciente, como si temiese más perder el amor que la vida, pondera á la Reina su pasión con palabras tan entrañables que la verdad de la escena arranca un aplauso tormentoso á los descompuestos cortesanos.

Al sentirse el Rey entre beodos presiente la verdad terrible que no había querido creer, vacila un momento, pronuncia palabras de amor entrecortadas, se yergue soberbio, y, detenido por uno de los generales al abalanzarse, dice á la Reina con imperio:

—Bebe.

La Reina levanta la copa y el Rey cae herido por dos espadas.

Semíramis, dirigiéndose á los cortesanos agrupados por el espanto, exclama:

—Yo soy el Rey de los asirios; no he bebido la última copa.

Y, en testimonio de verdad, vierte sobre el cuerpo de Nino el licor del cáliz de oro.

Después de un momento de ese silencio que precede á las grandes tempestades, instante de vacilación, un prolongado trueno de aplausos y de voces hizo temblar las luces y detenerse medio plegado el telón que descendía, y que volvió á arrollarse lentamente.

El autor se adelanto con paso vacilante entre Nino y Semíramis, se llevó la mano temblorosa al pecho y se inclinó tres veces. Era una escena de coronación.

* * *

El poeta dramático es ya viejo. En pie, arqueado el cuerpo, que apoya en la cornisa de una chimenea cubierta, preside una reunión de hijos, hijas, yernos, nueras, nietos y sobrinos hasta la tercera generación, sentados á derecha é izquierda, en anfiteatro. La sala, iluminada espléndidamente

por la electricidad, llena, sobre alfombra de musgos, de macetas, de arbustos y de flores tempranas, representa un jardín fantástico, en que las plantas no hacen sombra, bañadas por todos lados de luz que las envuelve y penetra, dorando las hojas, abriantando las flores y los semblantes de las madres jóvenes, cuyos hijos han de representar en la memorable velada los papeles de mariposas, de abejas y de abejorros, porque va á ponerse en escena una fábula dramática que en el último invierno ha escrito para sus nietos, con todo el esmero y el amor del que conoce el personal de la compañía, el poeta abuelo, autor de la tragedia *Semíramis*.

El argumento de la fábula se desarrolla sobre la llegada de la primavera, la apertura de las flores y la resurrección de los insectos.

¡Y qué insectos aquellos niños y niñas en todo el esplendor de la inocencia y la salud, con sus mantos de todos los colores llenos de pintitas y rayas esmaltadas, con sus alas de mosca verde y de mariposa matizada y con los ojillos chispeantes de alegría, de vida y felicidad, vanidosos de sus galas zoológicas!

Poco antes de empezar la función, el autor va al camarín de los artistas, de donde sale un zumbido de colmena, á dar las últimas instrucciones y á tomar las últimas medidas de orden público.

Empieza la función con la sinfonía de la *Semíramis*, tocada á cuatro manos por las dos nietas mayores, dignas continuadoras de una estirpe ilustre de artistas. ¡Qué lástima que aquellas chicas, cuando se casen, porque ya tienen moros en la costa, hayan de abandonar el divino arte por las realidades de la vida! Pero no adelantemos á la fábula moraleja, porque la tiene propia y digna del poeta cien veces aclamado.

Apartando una cortina con la gracia de la brisa matinal que arrolla las nubecillas descubriendo el sol, aparece la Primavera con manto azul bordado de flores, radiante con la frescura y los encantos de una chica en cuyo rostro brillaban en mezcla deliciosa la inocencia y los albores de la picardía.

Seguía á la primera actriz una dama blanca y misteriosa, cubierto el rostro con un velo, camarera mayor, ó cosa pa-

recida, que fué á sentarse en el fondo de la sala, medio oculta entre el ramaje y hojarasca de las plantas, personaje mudo ó de pocas palabras, sin duda, en la acción de la fábula dramática.

Debo advertir que en ella todo se habla en verso rotundo y sonoro, que nuestro cronista de salones, prosista periodístico, no ha podido retener en la memoria, por lo cual nos vemos reducidos á ofrecer en extracto la sustancia de los parlamentos.

Cuando la Primavera llegó risueña y con paso majestuoso al centro del jardín, tendiendo las alas transparentes y los brazos poco menos, exclamó:

—Abríos, flores; resucitad, insectos; yo os traigo el calor de la vida.

En el acto se vió invadido el jardín de mariposas dispersas, de insectos de todas formas y colores y de abejas, apretadas en casi ordenado escuadrón, al mismo tiempo que aparecían entre las hojas de los arbustos caritas de los niños y niñas más pequeñitos, como flores abiertas en aquel instante, superiores á las gardenias y camelias, porque eran flores con ojos vivos.

En medio de aquella ilustre asamblea de flores espléndidas y bichos preciosos se adelantó, empinado sobre las patas de atrás, un monstruoso Escarabajo negro, con las alas entreabiertas como caja de rapé.

Todos los animalillos y hasta las flores hicieron un movimiento de repulsión y de taparse las narices, los que tenían, con un murmullo parlamentario de desaprobación, que la Primavera sofocó.

—Silencio: veamos qué se le ofrece á ese insecto de frac.

—Pues, señora, he estado pensando todo este invierno decirle á usted á su llegada, con el debido respeto, que viene todos los años á dilapidar una cantidad enorme de luz y de calor en dar vida á una porción de flores que no producen fruto, á muchas hierbas que los ganados no comen y á una inmensidad de bichos que no trabajan, pues hasta las abejas no hacen más que golosinas impropias de ánimos esforzados.

Yo estoy encargado de la limpieza de las carreteras y debiera estarlo de la de las calles y plazas, y ejerzo mi profesión con peligro de que me aplaste una rueda ó la pezuña de un asno, mientras que esas señoras y caballeros se pasan la vida luciendo sus galas y educando á sus hijos en la holganza. He dicho.

—La Rosa de Jericó tiene la palabra.

—Nosotras las flores elaboramos aromas precisamente para desvanecer los malos olores que recoge y esparce su señoría y otros que tan indignamente visten de etiqueta. Con el maravilloso tejido de nuestros pétalos formamos capullos balsámicos cuya fruta es el *Buen Gusto*.

Una mariposa con manchas de tigre y tornasoles de salida de sol tomó la palabra á una indicación de la Primavera.

—Nosotras, con nuestros dibujos fantásticos, somos visiones de la altura, cifras y jeroglíficos que para los elegidos escribimos en el aire con nuestro vuelo cadencioso, que es *El Metro*, columpio de las almas finas. Nosotras somos la *Inspiración y El Metro*.

—Y nosotras,—dijo la Reina de las Abejas, impaciente, sin esperar á que le concediesen la palabra,—recogemos los jugos exquisitos y la cera con que se ilumina el altar de la Virgen María y ordenamos miel y cera en panales, que son poemas de las esencias puras; nosotras somos el *Arte*.

—Que hable el marido de esa señora, que se ha anticipado, saltando por encima de las consideraciones conyugales—dijo el Crítico negro con intención diabólica.

—¡Es verdad! ¿En dónde está tu marido el Rey de las Abejas?

—Le hemos matado.

—¡Semíramis!—gritó el Escarabajo abriendo la caja de las alas duras y desplegando en ademán de triunfo las interiores voladoras, que son las alas del corazón.

—¡Nino!—Exclamó la Reina de las Abejas lanzándose con todo su escuadrón sobre el bicho negro, que traspasado, á pesar de su coraza, por cien agujones, murió con muerte de dardo y veneno.

¡Siempre la tragedia!

Todos los avechuchos se agruparon alrededor de la víctima.

Entonces la dama blanca, silenciosa, se abrió paso, echando el velo atrás, y dijo en tono de pregón:

—Yo soy la Moraleja. Esta fábula significa que todo cabe en el panal del arte menos la bola del escarabajo.

Un aplauso unísono, entrañable, grito de amor de las almas limpias, aclamó el último destello del autor dramático, llamado á la escena por los nietos mayores turbulentos.

Entre Nino y Semíramis apareció con paso vacilante, se inclinó tres veces, y con mano temblorosa se enjugó los ojos.

ANTONIO FRATES.

(Prohibida la reproducción.)

¿QUÉ DELITO COMETIÓ EL FAMOSO CRONISTA HERRERA?

¿EN DÓNDE NACIÓ ESTE CÉLEBRE ESCRITOR?

Ahora que se pone de moda nuevamente la costumbre que en otros tiempos hubo de publicar en los periódicos preguntas y respuestas acerca de hechos y cosas de interés muchas veces escaso y en algunas ocasiones ya contestadas por otras publicaciones, vamos á preguntar algo relativo al ilustre D. Antonio de Herrera Tordesillas, que fué cronista de los Reyes Felipe II y III y de las Indias, familiar de la general Inquisición, secretario de las Inquisiciones de Navarra y Valencia, criado de la Casa Real, y que había sido también secretario y privado del hermano del Duque de Mantua, Vespasiano de Gonzaga, mientras estuvo de Virrey en Navarra y Valencia.

Como ya se sabe, y por estos datos se confirma, el celebrado autor de las *Décadas de Indias* desempeñó puestos importantes de gran confianza; en la inscripción de su sepulcro dice que fué feliz en sus trabajos, aunque no logró los premios á que era acreedor; de lo cual se deduce que debió de cumplir á satisfacción en los cargos que se le confiaron, y, sin embargo, en un curiosísimo folleto que se publicó en Madrid (1) el año 1892, titulado *Menudencias historiales que iba apuntando en los ratos de siesta Fr. Marcos de Cartagena, franciscano levantisco, en su convento de Pinatar*, se halla en su página 19 un párrafo rotulado *Antonio de Herrera en la cárcel*, y en él dice:

(1) Fué compuesto por un insigne académico de la Real de la Historia, que falleció hace poco tiempo en esta corte.

«Me acaban de contar lo siguiente: el sábado soltaron á los
 »criados del Almirante de Aragón y á Antonio de Herrera el
 »cronista, y á D. Luis de Castilla, al cual mandaron se vaya
 »á residir á su iglesia á Cuenca, y á estos otros que salgan de
 »la corte quince leguas por el tiempo que dure la voluntad
 »de S. M.; y que no digan la causa de su prisión ni lo que les
 »ha preguntado en sus confesiones, pena de la vida y perdi-
 »miento de bienes.

»No sé dónde para ahora el buen cronista. Allá por los
 »años de 1615 vivía á la Puerta del Sol, detrás de unos ca-
 »jones, junto á un mesón.

»Se asegura que era natural de Cuéllar; pero he visto de-
 »claración suya, prestada bajo juramento á 4 de Septiembre
 »de aquel año, en que dice ser natural de Cuenca.»

Después de leída esta menudencia historial apuntada por Fr. Marcos de Cartagena, se nos ocurre preguntar:

¿Qué delito cometió el famoso cronista Herrera?

¿En dónde nació este célebre escritor?

Agradeceremos que respondan los que sepan algo relacio-
 nado con estas dos cuestiones, y por nuestra parte añadiremos,
 respecto á la primera, que el ilustre D. Antonio de Herrera
 hizo testamento estando en Madrid el 15 de Diciembre de
 1612, ante Luis de Hervías, y que volvió á otorgar otro ante
 Juan de Obregón á 11 de Marzo de 1622, en la misma villa y
 corte, en la cual murió el 28 de Marzo de 1626; vivía enton-
 ces en la casa de las chimeneas y fué enterrado en los Car-
 melitas descalzos, de donde fueron trasladados sus restos á la
 villa de Cuéllar.

Respecto á la segunda pregunta, conviene advertir que
 cuantos hasta ahora han tratado de escritor tan esclarecido
 le suponen natural de Cuéllar, donde nació el año 1559,
 según sus biógrafos.

De gran interés para completar las noticias que hay cerca
 de D. Antonio de Herrera es puntualizar el lugar de su naci-
 miento y averiguar el delito en que se encontró complicado
 para que se le obligara á salir de la corte y guardar silencio
 absoluto acerca de la causa de su prisión, aunque debió de

ser perdonado, pues á Madrid volvió pocos años después, como lo demuestra la fecha de su segundo testamento, y en la coronada villa concluyó la existencia del famoso cronista, que brilló en aquella época de esplendor para la literatura patria.

GABRIEL M.^a VERGARA.

LAS LEYES DEL HONOR

I

—Te digo que es imposible; he de verlo yo mismo, he de oirlo de sus propios labios para creerlo.

—Pues no lo dudes; aun cuando parezca incomprendible, es cierto, y tanto que hoy se celebrará el Consejo de honor para juzgar su conducta.

—Pero si no puede ser; si le conozco hace muchos años; si en el colegio y en la Universidad le llamábamos «El Quijote», y ha sido siempre el prototipo de la caballerosidad y la hidalguía.

—Todo lo que quieras; será un absurdo ó un misterio, pero es. No me extraña tu sorpresa, pues á todo el mundo le pasa lo mismo. Ese favorable concepto que á sus compañeros de facultad merecía Luis es el que siempre disfrutó en el arma, en la cual á nadie encontrarás hoy que, como tú, no se resista á dar crédito á la evidencia; pero los hechos son más fuertes que las opiniones, y el hecho escueto, brutal é innegable está ahí demostrando que todos nos equivocábamos respecto á ese desdichado. Hoy su reputación, hecha jirones, corre de boca en boca, y cual si fuera un vil guiñapo su nombre es arrastrado por el lodo.

—Tienes razón: el lance es de una índole que, á ser las cosas como se relatan, no cabe negar la realidad. Y sin embargo, hasta penetrarme de todos los detalles, en tanto no aquilate todas las circunstancias, no he de rendirme; mientras no vea y hable al mismo Luis, ínterin no me persuada de que en el fondo de todo no existe una justa razón que abone su proceder, no me resigno á rectificar mi juicio é instintivamente

me resisto á retirar la estimación á quien siempre he tenido por el más digno de los hombres.

—Si algo pudiera alegar en su defensa, hubiéralo hecho antes de arrostrar la ignominia de comparecer ante un tribunal de compañeros que lo juzga y lo expulsa por cobarde; si en él viviera un miserable resto de pundonor le sublevaría la idea de ser proclamado indigno, de verse despojado de su uniforme, privado del saludo de sus hermanos de armas, de la consideración de los superiores, del respeto de los inferiores, de la estimación de la sociedad. Créeme, por muy alto concepto que ese hombre te mereciera no le iba en zaga el mío; y á pesar de ello, ahora, al ir á juzgarle, no siento ya por él sino asco y desprecio.

—En todo convenimos; mas, no obstante, al calor de la estimación pasada, abrigo la seguridad de que cuando ante vosotros comparezca se hará la luz y quedará restablecido en nuestra opinión y aprecio.

—Bien quisiera tener iguales esperanzas, que no es grato ver caer tan bajo al compañero estimado y al amigo querido; mas no comparto tus ilusiones.

.....

 Sostenían la anterior conversación dos jóvenes muy conocidos en la buena sociedad madrileña: uno, Manuel Melgar, capitán de un regimiento de caballería; abogado el otro, Damián Roca, que á pesar de sus pocos años había ya obtenido en el foro triunfos precursores de brillante carrera.

Á las últimas palabras del primero, pronunciadas con tristeza un tanto irónica, sucedió breve pausa. Marcharon ambos un rato silenciosos y pensativos, hasta que, deteniéndose, dijo Manuel:

—Dios haga que me equivoque, y te dé la razón. Viva. mente lo deseo en el momento de ir á cumplir con el penoso deber de juzgar á ese... desdichado. Adiós, Damián. No puedo detenerme, pues sólo me quedan los necesarios minutos para llegar á tiempo.

—Adiós, Melgar. Que Dios os ilumine.

II

Son las cinco de la tarde, y en el cuarto de estandartes de un regimiento de caballería se halla reunida su oficialidad: desde el coronel, hermoso anciano de cabellos blancos en quien la dulce mirada templada lo enérgico de su fisonomía de viejo soldado, hasta el imberbe oficialete acabado de salir de la Academia.

Allí están todos formando grupos en los cuales no se advierte la separación de ordinario establecida por la edad, la graduación, la amistad, la mayor ó menor frecuencia en el trato.

Pero no, allí no están todos aquellos á quienes la sombra de un estandarte constituye en una familia cuya madre es la patria y el padre el honor, de aquella enseña símbolo de la historia y los hechos del regimiento á través de cien combates: faltan los capitanes que juzgan en aquel momento á uno de entre ellos, á uno que fué estimado de sus jefes, querido por sus iguales, á quien respetan los inferiores.

Los semblantes reflejan impaciente ansiedad; sostiénese en cada grupo una conversación, pero en todos la misma; tan pronto se confía en ver restablecido al compañero en su anterior concepto, como se teme la confirmación de su deshonor. Se perora con calor, se discute con viveza, se disputa con pasión, pero sin alzar la voz: parece que la inquietud los embarga todos, y la solemnidad del momento oprime las gargantas y oscurece el timbre de las voces, amortiguando los ruidos de todas las conversaciones, que repercutiendo en las bóvedas del salón se entrecruzan, se penetran, se confunden en sordo y apagado rumor, zumbido que remeda el del enjambre en la colmena, murmullo donde flota el honor de un hombre, una reputación que se derrumba.

De cuando en cuando, dos ó tres, más impacientes, salen, suben la escalera, y á través de una puerta escuchan, sin percibir más que palabras inconexas, sin oír sino frases sueltas.

Hasta su regreso las bocas enmudecen, los ojos se clavan

en la puerta, las frentes se oscurecen más y más y la preocupación profunda, falta del desahogo de la palabra, se retrata en todas las caras con rasgos marcadísimos.

Bajan los que salieron, y en torno de cada uno se forma un corro; todos preguntan, todos quieren saber algo de lo que arriba pasa; pero aquéllos sólo traen presunciones, nada concreto oyeron.

Unos, los optimistas, del más leve indicio deducen favorables consecuencias; otros, los que siempre miran la vida por el lado oscuro, opinan lo contrario; y así, cada rostro revela una impresión diversa. Mientras éstos inclinan la cabeza y bajan la mirada, aquéllos, queriendo ver robustecida su esperanza, inquietos y desasosegados, se mueven de aquí para allá, buscando quien piense como ellos.

Pero á medida que el tiempo transcurre sin traer la solución definitiva, todo cambia; apágase de nuevo, y poco á poco, el ruido de las discusiones, las conjeturas son menos categóricas, torna la duda á pesar sobre todos los ánimos, y otra vez se confunden las voces en temeroso é imponente rumor.

III

En tanto, hé aquí lo que ocurre en el piso superior.

El local es un amplio salón destinado á los Consejos de Guerra. Todo allí es grave y severo: detrás de una larga mesa cubierta con un tapete negro que, colgando por delante, ostenta en rojos caracteres el número y nombre del regimiento, siéntanse los capitanes de él, excepto uno, el reo, acusado ante el tribunal de honor formado por aquéllos de no haber sabido conservar el suyo, de no ser digno de vestir un uniforme que debe ser distintivo de honor, de no ser acreedor á continuar alternando con compañeros que del honor tienen obligación de hacer un culto, de no merecer estar al frente de soldados que por el honor de su patria y su bandera han de saber morir.

Las dimensiones de la sala no guardan proporción con el número y tamaño de los huecos por donde la luz penetra á

través de los gruesos muros del edificio, convento en otros tiempos, y así quedan en sombra los extremos del salón, los trofeos militares de los testers, la mesa, el tribunal que la ocupa y la frontera puerta de entrada. El sol no ilumina directamente sino el centro de la habitación, y la línea que en el suelo marca vigorosamente el tránsito de la luz á la sombra proyectada por el dintel de una ventana, señala también el límite donde las esperanzas de los reos se detienen ante la severidad de los jueces.

Los que en aquel momento desempeñan este augusto cometido dejan vislumbrar en lo sombrío de sus rostros lo penoso que se les hace, y en algunas fugaces miradas adivínase el interés que el acusado les inspira, á duras penas contenido por la situación presente y la entidad de la falta.

Es el protagonista de la triste escena hombre de aspecto varonil y podrá contar unos treinta años.

En su continente, en la dignidad de la apostura, en la firmeza no exenta de suavidad que los rasgos de su fisonomía acusan, en la configuración del arco de las cejas y en el pliegue que entre ellas se forma adviértense indicios claros de una energía de carácter poco común; en su frente y en la penetración de la mirada se adivina una inteligencia de primer orden.

Acaba de darse lectura á una sumaria información de los hechos que convirtieron al amigo en reo, transformando en acusadores á los compañeros: de ella se desprende que Luis Arbán, después de abofetear en público á un hombre que le había ofendido, se negó categóricamente a darle satisfacción por las armas, sin que consideraciones de ningún género fueran bastantes á variar su determinación, sin que las amenazas lograran hacerle cambiar de parecer.

Tras un breve rato de silencio pregunta el presidente:

—Sr. Arbán, ¿tiene usted que oponer algo á la exactitud de los hechos relatados?

—No.

—¿Habéis meditado en las consecuencias que para un caballero y un oficial puede tener la extraña conducta que habéis seguido?

—Sí.

—Entonces espero que, penetrado de lo grave de las circunstancias, y convencido de lo imperioso de ciertas exigencias, habréis variado de modo de pensar. Confío que, depouciendo la anterior obstinación, estaréis dispuesto á seguir el camino que las leyes del honor trazan á los caballeros en lances semejantes.

—Con arreglo á los dictados de lo que entiendo el verdadero honor viví siempre y seguiré viviendo; para variar hubiéralo hecho antes que llegara este horrible momento.

—Ese verdadero honor de que habláis imprime una mancha en vuestro nombre y en el uniforme que vestís.

—Mancha que, de existir, entiendo no se lavaría manchando mi conciencia.

—¿Habéis pesado las consecuencias de vuestra terquedad?

—Todas, y todas las afronto.

—¿Habéis pensado que la nota de cobarde va á infamaros?

—Yo sé que no lo soy.

—Es que cuando se llega á poner la mano en el rostro de un caballero no cabe dignamente negarle reparación; las contiendas entre hombres bien nacidos exigen más nobles armas que las que emplean los gañanes.

—No es bien nacido quien miente á sabiendas; no es bien nacido quien por la espalda ofende. No admito que mi vida esté á merced del primer canalla que quiera injuriarme: á quien me insulta, le castigo, y basta. Las armas de los gañanes son las que Dios me dió; y no tengo por más nobles ni al florete traidor que de una línea hace depender una vida, ni á la pistola que falla en el supremo instante.

—No venimos aquí á discutir teorías rechazadas por la sociedad; no son ésas las reglas del honor por que los caballeros se rigen, Sr. Arbán.

—¿Qué hipócritas reglas son ésas que nadie se atreve á proclamar en los Códigos? ¿Qué convencimiento es el que pena en la ley, públicamente, lo que en secreto ordena hacer? ¿Qué justicia, qué equidad ni qué moral son las que envían á presidio á quien en buena lid y ante testigos mata á su contrario de una puñalada, y me condena á mí por no dar una estoca-

da á mi enemigo? ¿Qué honor es ese que para mostrarse necesita juez sordo y ciego, ley muda, embotada conciencia? ¿Qué caso puedo hacer de una sociedad que para otorgar el dictado de hombre de honor exige la ejecución de actos por ella castigados con infamantes penas? ¿Cuándo he de seguir su consejo? ¿Cuando á la faz del mundo me dice que batiéndome en desafío me hago acreedor al grillete, ó cuando sigilosamente murmura á mi oído que si no lo hago quedo deshonrado?... Con mi conciencia no ando yo en torpes compendias. Honor que haya de cimentarse en el dolor del padre, que vista de crespones á la esposa, y deje en orfandad á un pobre niño, no es honor; honor que he de ganar vulnerando el Código, atropellando la ordenanza, pisoteando las leyes naturales, hollando la Ley de Dios, yo no lo quiero.

—Esas declamaciones no borran el hecho de que existe un hombre á quien habéis ofendido en forma sangrienta. Estáis á merced de él; puede un día buscaros para insultaros públicamente, pues la afrenta que le habéis inferido, y no sosteneis, le da derecho para abofetearos. ¿Qué haríais entonces?

—En justa defensa, si me busca sin armas, lo pisoteo; si me ataca con ellas, lo mato

Estas palabras, dichas con valentía, resolución firme, y vibrante voz, produjeron honda impresión en el tribunal.

Durante un momento hubiérase oído el vuelo de una mosca, hasta que el presidente, visiblemente conmovido y con creciente vehemencia, dijo:

—Es que tus compañeros creemos que esa tenacidad, inconcebible en un hombre como tú, arroja sobre tu nombre un baldón que nos hará negarte nuestra amistad y nuestra mano; es que el dictado de cobarde, al caer sobre ti, te hará indigno de seguir perteneciendo á este regimiento, indigno de esas insignias, del traje de soldado. Piénsalo: ésta es la última vez que podemos dejar que informen nuestras palabras una consideración y un cariño que sólo de ti depende no perdamos; medita en el fallo que puede cubrir tu vida de ignominia.

Hasta entonces Luis Arbán se había mantenido impassible: ni su fisonomía expresó sino resolución firme y fría, ni su voz

tembló un solo instante, ni en su mirada pudo leerse más que altivez; la réplica era pronta, el acento enérgico, el tono duro y seco.

Pero el afecto que á través de la dureza de las frases palpítaba en las últimas palabras de su compañero conmovió aquella fortaleza: dulcificóse la expresión de su semblante, humedecióse la mirada, contrajéronse las facciones, dejando asomar al rostro los tormentos del corazón, inclinó la cabeza sobre el pecho y pareció vacilar su voluntad.....

.....

Alzó de nuevo la frente, y aunque la amargura no había desaparecido y el sufrimiento se hallaba impreso en el semblante, había vuelto la energía á vigorizarle.

—Gracias, amigos—dijo,—por hablarme ese lenguaje, recordando el cariño y la consideración que no volverán. Ésta es cuestión juzgada: mi conciencia me traza un camino y lo sigo á pesar de todo; y como sé adónde conduce, y como la dignidad me sobra para querer estar donde no se me acepta; como no pretendo alternar con quienes creen que mi contacto mancha, os he querido evitar el esfuerzo de pronunciar contra mí la sentencia de expulsión: al venir aquí he remitido al Ministro de la Guerra la petición de mi licencia absoluta.

Ya veis que no abrigaba esperanza alguna al venir: bien conocía el fallo, pues harto comprendo que todavía es pronto para que la conciencia de un hombre luche contra esa sociedad que me condena por no someter ni mi razón ni mi conducta á sus absurdos é inmorales dictados.

No reconociendo en ella derecho para juzgarme por leyes que no se atreve á promulgar á la faz del mundo, no concediéndooos á vosotros autoridad para declararme indigno por negarme a cometer el mismo delito que, no ha mucho y en este mismo lugar, os pareció en un pobre soldado motivo suficiente para sentenciarlo á presidio, he venido, sin embargo, y voluntariamente me he sometido á tan amargo trance.

Vine porque confiaba en que llegaría este momento, y olvidando el papel de jueces, os acordaríais de la amistad que acaba, porque quería hablar por última vez á los que fueron

mis amigos: no pretendo convencerlos; sé que la razón y el juicio se estrellan contra las preocupaciones; pero quería decirlos que no soy un cobarde, que no el miedo, sino el cumplimiento del deber impuesto por la conciencia me arroja de vuestro lado.

No soy cobarde: tranquilo me vería frente á la punta de una espada ó el cañón de una pistola, cuando tranquilo estoy en este horrible momento; pero aunque así no fuera, aunque el temor que no siento oprimiera mi corazón, aunque tuviera miedo, ¿qué son las sacudidas nerviosas de un breve instante, comparadas con las torturas que sereno estoy apurando? ¿Quién, por pusilánime que sea, no ha de espantarse más de ellas que de los riesgos de un combate?

No soy un cobarde, cuando tengo lo que á tantos les falta, el valor de mis convicciones; no soy un cobarde, puesto que afronto la lucha con la sociedad y sus falsas ideas; puesto que á sabiendas sacrifico la dicha que la vida me brindaba; puesto que, antes que capitular con mi conciencia, arrojé á los pies de esa sociedad, para que los pisotee, posición, nombre y fama; puesto que por no someterme á las leyes de ese menguado honor, que hace de un canalla un caballero si derrama la sangre de un hombre honrado, veo sereno desvanecerse todas las ilusiones de mi vida, que valen menos que la augusta tranquilidad de mi conciencia.

Yo era ayer un hombre respetado, un hombre digno; mañana seré un ente despreciable: no más consideración, no más respeto, no más amistad. Mis antiguos amigos apartarán la vista para no saludarme, el mundo me volverá la espalda, se murmurará: ése es un cobarde expulsado de su regimiento, ése es un paria cuyo contacto ensucia.

La dicha se me ofrecía con la posesión de la mujer á quien adoro, y ese porvenir de ventura está deshecho por el huracán que azota mi vida. La dicha huyó, pues no he de ir á ofrecer á esa mujer la miseria y la ignominia que constituyen hoy mi patrimonio, no he de presentarle la mano rechazada por vosotros, no he de exponerme á que ella también la rechace.

Tengo un padre anciano, de quien era el orgullo y la alegría; un pobre viejo que se inclina ya al borde de la tum-

ba, en quien los años mataron las energías que alientan en mi pecho. ¿Sabéis lo que para él será mi deshonra?... La muerte.

Ya veis que no me hago ilusiones, y miro con sus negros colores la vida que me espera. ¡Qué fácil sería alejar tantos males! ¡Á qué poca costa podría despejarse esta tormenta y hacer brillar el sol de la felicidad!

Pero entonces sí que ante mi conciencia sería cobarde, con la cobardía, que desprecio, de cuantos por conveniencia propia capitulan con el absurdo, con la inmoralidad, con lo que la naturaleza humana rechaza, con lo que Dios prohíbe; entonces sí que faltaría á los deberes que las leyes de la eterna justicia me señalan; entonces pondría más alto el aprecio de esa sociedad, que no lo merece, que el de mi conciencia, y que, en medio de las amarguras de este instante y de las venideras conservo.

Adiós. No sois responsables, pues vivís en un mundo que tiene horribles tiranías, y son muy fuertes las preocupaciones que nos rodean, porque hay muy pocos hombres que tengan el valor de este cobarde.

Dirigióse Arbán á la puerta, bajó la escalera, y deteniéndose con triste y severo ademán á los que desde la puerta del cuarto de estandartes se precipitaban á su encuentro, salió del cuartel, dejando allí, con su perdida reputación, cuanto hasta entonces formó el orgullo de su vida.

Y cuando los que le habían juzgado llegaron donde sus compañeros les esperaban, se oyó la voz de Manuel Melgar, que decía:

—Palabras, palabras, como dijo Shakespeare. ¡Valiente farsante nos ha resultado el tal Luisito!

IV

Ha pasado un año.

Bajo el emparrado que proyecta sombra delante de la puerta de una gran quinta de labor cercana al pueblecillo de X están cuatro personas á la caída de una alegre tarde de Mayo.

Á un lado, un anciano de blanca cabellera ocupa amplio sillón de ruedas, donde lo tiene clavado el sufrimiento. Cerca de él, una muchacha como de veinte años hace labor, y tan pronto dirige una triste y cariñosa mirada al pobre viejo, como vuelve sus ojos al grupo que al otro extremo del emparado, y junto á un caballo sujeto á uno de los pilares por donde se encaraman rugosos y retorcidos los sarmientos de la parra, forman dos hombres.

Uno es Damián Roca, otro el médico del vecino pueblo, que se dispone á regresar á él.

—¿Y cuándo es el gran día, amigo Damián?—pregunta éste lanzando una mirada á la joven, que al oírlo mete la nariz en su labor y cose precipitadamente con el rostro encendido como una amapola.

—Dentro de dos semanas; María deseaba aguardar á que su padre mejorara, pero él no quiere aplazamientos, porque dice—y aquí bajó Damián la voz—que, teniendo muy cercana la muerte, ansía llamarme hijo antes que aquélla llegue, para no dejar sola en el mundo á su hija.

—Tiene razón: la vida se le acaba muy deprisa, y sin enfermedad física. Es ese dolor sordo y constante, esas penosas ideas que á todas horas le atormentan y minan su existencia, hasta el punto de que no me extrañaría que muy pronto muriera el pobre viejo.

—¡Pobre D. Juan! ¡Qué triste fin de tan hermosa vida, qué vejez tan amarga y cuán horribles son los postreros días del pobre anciano! Pero ¿qué eso?... Mire usted, doctor. ¿Qué le pasa?...

D. Juan, que durante la anterior conversación leía un periódico, se había transfigurado: la inclinada cabeza se levantaba erguida; el cuerpo, agobiado por los años y el pesar, se enderezaba; la apagada mirada centelleaba. Apoyando los brazos que la parálisis tenía medio muertos en los del sillón, se levantaba de golpe con un convulsivo esfuerzo; se estiraban las encogidas piernas, alzabase vigoroso el torso sobre la doblada cintura, el cuerpo se estremecía, la barba temblaba, irradiaba en su rostro la alegría; en la mano derecha, levantada sobre la cabeza, agitaba como en ademán de triunfo un

periódico, y sus balbucientes labios se entreabrieron al fin, gritando en voz ronca:

—María, Damián... Mi hijo, mi hijo... ¡Bendito sea!

Dió dos pasos y cayó de bruces.

Arrodilláronse en torno del que ya era cadáver las tres personas que allí estaban, acudieron del interior los criados, deteniéndose respetuosa y temerosamente en el umbral de la puerta hasta que el doctor reveló la triste realidad.

Lleváronse el cuerpo y á poco regresó Damián; recogió del suelo el periódico que el anciano había tenido en las manos, recorriólo su vista con presteza, deteniéndose en el sitio donde el papel estaba estrujado.

Hé aquí lo que leyó:

«De Cuba.—Un canto de Homero.—Al amanecer el día... de..... la torre óptica del Caimito fué cercada por trescientos insurrectos. Prestaban servicio en ella tres telegrafistas militares, y guarnecíanla seis soldados de infantería, convalecientes ó anémicos, á las órdenes de un cabo, más anémico y cada- vérico que ellos.

»Los insurrectos, vanguardia de mayor fuerza, querían apoderarse del aparato para utilizarlo comunicando falsas noticias que atrajeran á una columna á una emboscada preparada en lugar adecuado por varias partidas combinadas.

»La torre, como casi todas las empleadas en este servicio, era de madera, sin ofrecer otro resguardo ni más amparo á sus defensores sino una débil tabla, que fácilmente atraviesan las balas.

»Acercóse un parlamentario ofreciendo la libertad á los defensores á cambio de la entrega del puesto. La contestación fué una rotunda negativa, y comenzó el ataque.

»Inútil es pretender describirlo en todas sus peripecias. Á las nueve habían muerto dos soldados y tres se hallaban fuera de combate.

»Reiterada la propuesta de rendición, replicóse tan bravamente como la vez primera. Á mediodía, sólo tres de los defensores estaban en pie, y á nueva intimación se contestó que cuando no quedara uno en estado de sostener un arma se entregaría la torre.

»Suspendido el combate breves momentos para arbitrar medio que en corto plazo acabara aquella inverosímil resistencia, dando la victoria á los insurrectos, alguien propuso cortar á hachazos los pies derechos en que se apoyaba la torre y otro inició la idea de incendiarla; pero fueron desechados ambos planes por no llenar el objeto de apoderarse del aparato óptico en condiciones de poder utilizarlo.

»Reanudóse la lucha, que á las cuatro no había dejado en aptitud de empuñar un fusil sino al cabo. Dos heridos, sentados junto á él, cargábanle alternativamente dos fusiles, que con calma y seguridad asombrosa disparaba, siempre á golpe seguro, tendiendo á todo mambí que fuera del matorral se aventuraba.

»Inconcebible parece pueda tal energía albergarse en cuerpo humano, ¡y qué cuerpo! El aspecto del que, solo, mantenía el honor de la bandera ondeante allá en lo alto era el de un cadáver: ceñíale la frente un gran pañuelo, rojo por la sangre que manó de su herida cabeza; los coágulos de ella, apelmazando los cabellos, cerraron el boquete abierto por la bala; su cara estaba ennegrecida por el humo; sus piernas hinchadas por las llagas y la anemia; sus manos, abrasadas por el fusil, llenas de ampollas, empuñaban sin vacilar, sin que el rostro hiciera un gesto de dolor, el candente cañón del arma, caldeado por el continuado fuego, hasta hacer imposible que lo tocara nadie que, como aquel titán, no sintiera correr por sus venas el fuego, aún más ardiente, del amor á la patria, cuando inflama las almas del temple de la suya.

»Pero llegó un momento en que, faltando las municiones, se quemó el último cartucho.

»Transcurrido un rato sin que el enemigo viera contestado su fuego, se atrevió un insurrecto á mostrarse en el claro; siguióle otro, y otro, y un enjambre después dando gritos de triunfo: todo el destacamento estaba fuera de combate, la torre era suya.

»Improvisada apresuradamente una escalera con dos ramas grandes por largueros, y otras más pequeñas atravesadas formando los peldaños, la apoyaron en la torre; pero en este instante abrióse la puerta, y un hombre apareció en ella,

derribando de un hachazo al primero que al asalto subía.

»Al estupor sucedió la ira en el campo insurrecto, y un alarido de rabia saludó la aparición de aquel héroe de Homero, alrededor del cual volaron astillas que una descarga arrancó del dintel de la puerta que el cabo, al parecer invulnerable, cerraba con su cuerpo; en torno suyo sonaban los chasquidos secos de la madera atravesada por el plomo, los golpes estridentes de las balas contra el zinc de la cubierta, y envuelto en una lluvia de fuego, por un portento no le hería un solo proyectil.

»Una fila de hombres á quienes la absurda resistencia exasperaba subía por la escala: rabiosos, borrachos de coraje, un cordón de vivos, exacerbados al verse detenidos por un solo hombre, subía por ella, y un cordón de muertos caía desde lo alto á los golpes del hacha de aquel nuevo Cocles, de aquel nuevo Bayardo.

»De pronto una nutrida descarga retumba entre los árboles, escúchase el vibrante son de la corneta, rasgan el aire las estruendosas notas del ataque; á lo largo de la linde del bosque corre un relámpago que el sol poniente enciende en las puntas de las bayonetas españolas, y al grito de ¡viva España! por el ribazo abajo se precipita un alud de hombres que al caer sobre los insurrectos les hace abandonar su empeño y huir.

»Era una columna española, que llegaba antes que el héroe sucumbiera.

»En tanto los soldados corren tras la dispersa chusma, oyéndose ahora un ¡ay! y más lejos el eco de disparos sueltos, entra el jefe en la torre, y al contemplar el cuadro formado por los nueve hombres tendidos alrededor del único que en pie se mantenía, el espanto heló en sus labios la palabra.

»Cuando, repuesto de la impresión, dirigió la palabra al cabo, no pudo éste moverse, pues no había en su cuerpo fuerzas para levantar las abotargadas piernas; cuando quiso estrechar lamano de aquel valiente no hallaron las suyas sino un montón de sanginolenta y chamuscada carne, una enorme ampolla despellejada por el roce del mango del hacha.

»En aquel hombre todo estaba muerto menos el espíritu que animaba su mirada; pero por poco tiempo, pues cuatro días después lanzaba el último aliento en el hospital de Matanzas.

»Este cabo sentó plaza como voluntario para Cuba hace once meses en el banderín de Cádiz, se llamaba Luis Arbán y había sido con anterioridad capitán del regimiento de dragones de..., del cual ha poco más de un año lo expulsaron sus compañeros por cobarde.»

JOSÉ DE ELOLA

Enero 1898.

LA ESCLAVA

(LEYENDA ÁRABE)

Eran los tiempos del califa Haroun; del gran califa que con justicia obtuvo el sobrenombre de Ar-Raschid, del célebre abbasida que elevó su corte á un grado de esplendor desconocido en anteriores épocas entre los no muy cultos musulmanes.

Era, allá por el año 174 de la Hégira, cuando el Comendador de los creyentes (admirador sincero y amigo del poderoso Rey de los cristianos, del entonces monarca de los francos, del célebre guerrero Carlo-Magno) hallábase una tarde del estío en su lujosa estancia del palacio que habitaba en Bagdad.

Nubes rosadas cubrían el horizonte, reflejando en matices de colores cambiantes oro y grana, con tonos azulados en algunos momentos, los débiles y ya últimos reflejos del sol, que lentamente se ocultaba.

Las olorosas flores de un próximo jardín saturaban el aire de perfumes.

Todo se hallaba en calma, y sólo algún suspiro del califa rompía de cuando en cuando el profundo silencio de aquel anochecer voluptuoso, y poético á la vez en sus misterios.

Haroun meditaba de fijo; una profunda arruga surcaba, dividiéndola, su frente espaciosa, tan tersa de ordinario, y el hastío de una vida cansada de placeres, en la que por haber disfrutado de todo no se desea ni espera cosa alguna, se marcaba bien claro en el imperceptible fruncimiento de cejas y en la sonrisa, inapreciable casi, que entreabría, con

desdeñoso gesto, los delgados labios del Príncipe de los musulimes.

Harto seguramente del serrallo en que hermosas mujeres, traídas, para agradarle, de lejanos países, le brindaban caricias amorosas; cansado de igual suerte de llevar victoriosos sus pendones donde quiera que enemigos extraños ó revoltosos súbditos le hacían desplegar el glorioso estandarte del *profeta* y batirse con denuedo á la cabeza de su esforzado ejército; disgustado del lujo y la molicie de Bagdad; fatigado de recibir honores y riquezas, de escuchar sin cesar alabanzas, y de oír que en todas partes suplicaban á Allah por su ventura; creyendo que la felicidad exagerada viene á ser un castigo; sin verdadera causa, sin razón aparente, sin pretexto siquiera ni motivo para tal malestar que se notaba en toda su persona aquella tarde, lo cierto es que el califa se aburría.

Y así transcurrió algún tiempo.

De repente, deseando distraerse de algún modo, mandó que se presentase el walí más antiguo de su reino, al cual encomendó que dijese al eunuco encargado del serrallo que las esclavas todas del harem viniesen á distraer con sus cantos y sus danzas la tristeza y el tedio del señor.

Y en efecto, penetraron en el regio aposento muchas jóvenes, lindas como el albor de la mañana, rubias como las mieses doradas por el sol africano muchas de ellas, morenas las restantes como el oscuro mármol del sepulcro que encierra las sagradas cenizas del *profeta*.

Llegaron ante Haroun, y éste, al mirarlas, echó mano á una bolsa de brocado que llevaba colgada de su cinto, y sacando un montón de denarios, lanzó al aire las brillantes monedas, exclamando:

—Muchachas, todo es vuestro. ¡Recogedlo!

Lanzáronse al instante las esclavas sobre el metal precioso, y sus cabezas y sus esbeltos cuerpos, confundidos, rodaron por el blando tapiz que cubría el suelo.

Sólo una esclava, de no muy bello rostro, de tez y rizado cabello tan negro como el ébano y de talle flexible como la esbelta palma, y que hacía poco tiempo fué comprada por el

célebre Emir, sólo ésta, al ver la lluvia de monedas en la alfombra, permaneció impasible, de pie, quieta, mirando sin cesar y con empeño á su noble señor, y fijando sus brillantes pupilas en los rasgados ojos del califa.

Asombrado Ar Raschid de su conducta, así le preguntó:

—¿Cómo es que tú no imitas á las otras esclavas? ¿Por qué no les disputas tu parte de botín?

Replicó la doncella lentamente y marcando la frase:

—Es que ellas aman sólo los denarios, y éstos únicamente satisfacen su anhelo, y yo aspiro á gozar de las miradas del dueño que ha arrojado las monedas, pues esto es para mí mucho más grato.

Nada respondió Haroun, pero, observándola con atención profunda, vió brillar en sus ojos tan dulces, expresivos y amorosos la pasión más ardiente hacia el califa.

*
* *

Pasaron muchos días.

Ya se encuentra prendido entre las redes de un amor vehementísimo el hombre inquebrantable.

Ya vencieron las lánguidas caricias de una negra á aquel corazón firme, incapaz hasta entonces de rendirse.

Supieron los magnates de la corte con verdadero asombro los amores de su Rey y señor; y enterado el califa por los rumores públicos de que no eran bien vistas por el pueblo aquellas relaciones, continuadas durante largo tiempo, juntó en cierta ocasión á sus más descontentos dignatarios, y así les dijo:

—El jefe del Islam, el descendiente del profeta, no concedió jamás predilección alguna al que no mereció, por su talento ó buenas cualidades, que aquél le distinguiera; y si afecto profeso bien sincero á la esclava quizá menos hermosa del serrallo, es porque vale, sola la negra que vosotros despreciáis, más que todas las blancas reunidas.

Y mandó que vinieran las esclavas, entregando á cada una un riquísimo vaso de jacinto, tan valioso que apenas si po-

drían costearse en tan crecido número con las rentas totales del Gobierno.

Entonces dijo dirigiéndose á ellas:

—Arrojad ese vaso, rompedle contra el suelo y que su polvo tenue le arrebate en sus locos torbellinos el viento del desierto.

Amedrentadas todas por el acto que se les ordenaba, no se atrevió ninguna de las blancas á destrozar las joyas que con sus manos trémulas sostenían vacilando.

La esclava negra, en cambio, con viveza lanzó por la ventana la copa de jacinto, que, al chocar con un muro, se deshizo en pequeñas é infinitas partículas.

—¿Por qué rompiste el vaso?—dijo Haroun.—¿No has visto cómo todas tus compañeras titubean y no se atreven á destruir de ese modo y sin motivo tan inmensas riquezas?

—Porque—respondió al punto la muchacha—he pensado que al romper esta copa disminuiría de fijo tus alhajas; pero si yo dejaba de romperla te desobedecía, y mejor quiero que se mengüe el tesoro del califa que no que se rebaje ni en un ápice la autoridad del mismo. Si te he hecho un despilfarro, por Allah te conjuro á castigarme, que más quiero sufrir cualquiera pena que te dignes imponerme, que no que nunca puedas acusarme de dejar incumplidos tus mandatos.

Atónitos quedaron los walíes y el califa se sinceró á sus ojos.

*
* *

Desde entonces gozaron largos años ventura los dos enamorados, y hay quien dice que sólo fué á la negra á la que quiso Haroun con pasión verdadera, con ese amor profundo de absoluta constancia, que es la felicidad en esta vida.

Mas de esta última parte nada afirman los viejos manuscritos en que está consignada la sencilla leyenda que antecede, y sólo *Allah lo sabe*.

F. ROMERO GONZÁLEZ.

LOS PRIMEROS VIAJES DE RAIMUNDO LULIO ⁽¹⁾

... Tomó el báculo de peregrino, y se marchó siguiendo «los caminos lleno de reflexiones, de suspiros y de lágrimas», en los cuales el Amigo busca á su Amado; estuvo el amante pobremente vestido, despreciado de las gentes, enflaquecido por el ayuno que conquista la salud y la bendición eterna. Se encontró, desde luego, en Santiago de Compostela, donde se veneran las reliquias del apóstol que ofreció la España á Jesucristo. El viaje fué largo y peligroso; pero sabía que *cuanto más ásperas y estrechas son las sendas por donde se encamina el Amigo á su Amado, tanto más anchos y deliciosos son los amores* (2).

«Iba pidiendo limosna de puerta en puerta, para hacer memoria del amor de su Amado á sus siervos» y, cuando no recibía nada, no se afligía, porque decía: «La humildad, la pobreza y la paciencia son cosas agradables á Dios (3). Cuando llegaba la noche y no había encontrado algún monasterio donde descansar aguardando el día, y ningún aldeano le había otorgado hospitalidad, dormía bajo la claridad de las estrellas bellas y puras como su corazón, ó buscaba en el fondo de las grutas y en los huecos de los árboles un abrigo contra las tormentas y el frío del invierno; tenía sobre todo, para protegerle, el ardor de su amor, que luchaba contra la inclemencia de las estaciones y la sobrellevaba. Soportaba el hambre, las tribulaciones de todas clases y las enfermedades.

—Buen peregrino—le decían algunas veces las gentes caritativas, —hace frío; aquí tienes vestidos mejores.

(1) Fragmento de *La vida del Doctor iluminado, el mártir Raimundo Lulio*, en preparación.

(2) *L'Ami et l'Aimé*, 356.

(3) *L'Ami et l'Aimé*, 282.

Respondía:

— *Vestido estoy de vil sayal; mas el amor viste mi corazón de agradables pensamientos y mi cuerpo de vestiduras de llanto, lágrimas y penas (1).*

Le decían además:

— ¿Adónde vais sin compañeros de camino? Os vais á perder en estos senderos estrechos, lejos de la senda que siguen todos los peregrinos, y os moriréis, pobre hombre, en los bosques y durante la noche.

Él respondía:

— *Mi amor me conduce á la patria en donde no puede haber noche (2).*

Porque éste estaba sobre todos los lugares solitarios y los caminos difíciles que él encontraba, en donde nada venía á distraerle de su contemplación; él tenía siempre la compañía del Amado, que le abandonaba algunas veces, cuando él se mezclaba con las muchedumbres. Cuando él podía reposar solo en un valle hermoso, bajo los árboles y cerca de una clara fuente, pensaba en los libros que se había propuesto escribir más tarde, cuando hubiera alcanzado la ciencia para la utilidad de los cristianos y la conversión de los infieles.

La naturaleza, que él comprendía y amaba porque es obra de Dios, era para él lo que un poeta ha llamado «un templo donde las columnas vivientes dejan algunas veces salir confusas palabras».

Este hombre humilde no tenía necesidad de espectáculos grandiosos para elevar su corazón y emplear su inteligencia; un manantial, una florecilla eran más fecundas enseñanzas para aquel que veía señales de Dios en toda la creación, que no existen para los hombres vulgares en los soles, los océanos y las elevadas montañas. Contemplaba un hermoso limonero con muchas hojas, flores y frutos, y pensaba lo que aquel árbol podía significar; entraba en meditación y veía erigirse los 16 árboles de la ciencia, después los árboles elemental y vegetal y hasta el de la Eternidad. Y tenía las bases

(1) *L'Ami et l' Aimé*, 151.

(2) *Ídem*, 331.

de una clasificación de ciencias. Sabía que filósofos más atrevidos que Averroes no tardarían, después de haber separado la ciencia de Dios, en oponer la creación á su Creador. Sabía que se libraría de la irrisión, la mística sabía que en esta clasificación tenía un puesto en el estudio de los ángeles, de la gloria que ellos dan á Dios y de la ayuda que prestan á los hombres, y consagra uno de los 16 árboles á la Madre del Redentor. Comprendía demasiado el inconveniente del averroismo para no adivinar las consecuencias; podía prever la impiedad del siglo XVIII y la vana ciencia sin Dios del nuestro; pero sabía también que el triunfo del error es un mal pasajero y que al fin de los tiempos el Árbol Angélico, el Árbol Eternal y el Árbol Maternal quedarían solos en pie sobre los mundos arruinados.

Cuando abandonando las soledades y por los senderos él seguía camino más amplio, encontraba hombres que estaban alegres, reían, cantaban y vivían con júbilo y diversión. Entonces imploraba las Virtudes que llevaba en su corazón y les preguntaba si sobre esta tierra hay más motivos para reír que para llorar; las Virtudes le respondían que hay más para llorar, porque hay más infieles que fieles, porque hay poca gente que espere en Dios y ame á su prójimo (1).

Encontraba también algunos peregrinos que como él soportaban las adversidades sin número, el exceso de calor y de frío y caminaban siempre á pie por llanos y montañas inhabitados donde se exponían á temores y peligros. Pero veía sobre todo que iban á Montserrat y á Roma como á un viaje de recreo, acompañados de servidores con carros cargados de víveres y barriles de vino; estaban vestidos con hermosos trajes y lucían joyas y enviaban hombres que se adelantasen á las ciudades por donde debían pasar para reservar los mejores cuartos de las posadas, hacer preparar los lechos con finas ropas blancas y adornadas cortinas; éstos eran los amantes que ponen su honor para buscar la vanagloria, grande por haber comido demasiado, haber bebido

(1) *L'Ami et l'Aimé*, 353.

demasiado y haber dormido demasiado, y veía en ellos la condenación. (1)

«Cuando tú, Señor, viniste á este mundo á buscarnos, no viniste á caballo, porque fuiste descalzo; y en tus manos y pies llevaste los clavos, cuando fuiste crucificado; y en tu cabeza llevaste la corona de espinas, que todas penetraron tu carne» (2).

También prefería vivir entre los árboles y los pájaros inocentes y se volvía con gusto hacia ellos. Huía sobre todo de las ciudades y cortes de los príncipes, porque «los hombres que aman el dinero, las mujeres, las viandas delicadas, los vestidos lujosos, la vida tranquila, las mansiones, el señorío, están en mayor número que aquellos que aman al Amado mejor que ninguna otra cosa» (3).

Cuando le era indispensable cruzarse con ellos, veía el deshonor y las ofensas que los hombres hacen á Dios; los mercaderes vendían mintiendo ó jurando, los vecinos de las poblaciones amontonaban el dinero y echaban de los umbrales de sus puertas á los pobres que les imploraban en nombre de su fraternidad en Jesucristo; las mujeres se acicalaban para hacerse desear de los hombres é inducirlos al pecado; «veía las maulerías y entendía los embustes que hacían y decían para engañar á sus maridos... Veía tantos males y pecados, que á cada instante se sentía enfermo por completo del disgusto que le proporcionaba» (4). En los caminos veía vanidades é iniquidades en los tribunales, y jueces y abogados engañosos. «En una gran ciudad vió hombres letrados que sabían la verdad y no la enseñaban á aquellos que estaban en el error, y éstos morían infieles y herejes por ignorancia de la divina doctrina» (5).

Una santa indignación le animaba contra estos sabios que prostituían la ciencia, sirviéndose de ella para propagar el mal y ayudar á Satanás á la perdición del mundo; pero su

(1) *L'Ami et l'Aimé*, 145.

(2) *Le Livre de Contemplations*.

(3) *L'Arbre de la Philosophie d'Amour*.

(4) *Idem*.

(5) *Idem*.

piedad crecía por las víctimas que morían en el error, porque no encontraban hombres de corazón puro para abrirles los ojos á la luz de la fe y enseñarles el camino de salud.

Estas horas, pasadas lejos del bello orden de la naturaleza, donde ningún ser, ninguna cosa criada se aparta de su ley, no eran perdidas para el peregrino. Era necesario que conociese los errores para aprender á combatirlos, los pecados para oponerles las virtudes, las miserias para buscarles alivio. Los espectáculos que presenciaba no hacían más que exaltar su celo y su piedad.

Estas peregrinaciones duraban más de dos años. Algunos pasajes del *Libro de Contemplaciones* nos permiten suponer que fué no sólo á Compostela y á Roma, sino que visitó también la Tierra Santa. Por último, en 1265 estaba en Barcelona y se arrodilló á los pies de Raimundo de Peñafort para hacerle una confesión de su vida pecadora y pedirle la luz de sus consejos.

Raimundo de Peñafort, al que las canciones populares llaman «Confesor de Reyes y de Papas», y al que sus contemporáneos, adelantándose y adivinando el juicio de la Iglesia, daban ya el título de Santo, tenía entonces noventa años de edad y debía morir centenario. Él era, hacía largo tiempo, general en España de la orden de Santo Domingo, y las Cortes de Aragón le habían escogido como confesor del Rey. Porque hé aquí un rasgo de los más curiosos del carácter de las relaciones de la Corona de Aragón con los súbditos suyos que escogemos para nuestra historia: en muchos países el pueblo impone á menudo el Rey, los Ministros y los Jefes del ejército; los catalanes y los aragoneses, cristianos sin flaqueza, que querían ante todo que la voluntad de Dios fuese hecha *sobre la tierra como en el cielo*, comprendían que el confesor ordinario del Rey podía tener más influencia que un Ministro sobre su dirección espiritual, sobre sus actos y, por consecuencia, sobre los destinos del Estado. Así este confesor, el padre de conciencia como se le llamaba, era elegido por los representantes de la nación y el Rey estaba obligado á aceptarle, cualesquiera que fuesen sus afecciones y sus preferencias personales.

San Raimundo de Peñafort y los dominicos fueron durante la edad madura de Jaime el Conquistador lo que Guillen de Montredón y los Templarios habían sido durante su infancia y su adolescencia. Los hermanos predicadores fueron los más firmes auxiliares del Rey para purificar el país de las manchas de una secta que había comenzado en Aragón y en Cataluña la misma propaganda anarquista (1) y anticristiana que en Provenza y en Italia; no vacilaban en pedir al Papa el establecimiento de la Inquisición (2), pero de una Inquisición que siendo en todo implacable contra un formidable peligro que amenazaba á la Iglesia y á la sociedad accidental, se inspirase, no obstante, en la indulgencia y mansedumbre hacia los desgraciados extraviados. Las reglas de procedimiento contra los heréticos detalladas en la *Nota Raimundi* que el Papa dirigió al clero catalán son mucho más dulces que las que actualmente están en vigor en Francia y en España contra los anarquistas, menos peligrosos que los vandenses cazados por Pedro II y los otros herejes cuya marcha detuvo su hijo el Conquistador.

Esto ocurrió allí, donde no obstante se advirtió el hecho más grande que Jaime ayudado por su confesor dió á sus súbditos: mantuvo la unidad religiosa de la raza, sin la cual no puede haber unidad social ni política, impidió un retroceso en España de la civilización cristiana y se salvó, sin duda, la independencia de Aragón, al cual las hordas FRANCHIMANDAS hubieran hecho seguir la misma suerte que al Languedoc.

El que había quebrantado á fines del siglo anterior la mitad de Francia, era un conde de Tolosa y un santo enérgicamente cuidadoso de los intereses de la Iglesia y de estas tierras unidas. Desgraciadamente el Cristianismo tiene en Provenza por defensor un conquistador bárbaro que sueña antes con exterminar una nacionalidad que con curarle

(1) Qui dicum potestatibus ecclesiasticis vel sæcularibus non esse obediendum (Concilio Tarraconense).

(2) Fué acordado por la bula *Declinante jam mundi vespera* dirigida al Arzobispo de Tarragona Asparrech en 1232.

una llaga pasajera cuya importancia no fué jamás lo que se ha pretendido. Tolosa y Carcasona entendieron bien la voz de Santo Domingo, pero éste es un Padre de conciencia, un santo nacional.

Raimundo de Peñafort fué para su patria santo nacional; su nombre es inseparable del de Jaime I. Si se junta el de Raimundo Lulio, se tendrá la gran trinidad heroica y santa del Catálogo del siglo XIII.

El general de los dominicos, el compilador de las Decretales de Gregorio IX no se contenta con servir la causa de la religión en su patria, su caridad y su solicitud no tienen límites. El primer impulso dado al estudio de las lenguas orientales en España á mediados del siglo XIII es obra suya; fundó colegios de hebreo y de árabe en Murcia y en Játiba, donde los hermanos Predicadores estudiasen las lenguas de los heréticos. Convirtió él mismo un número considerable de sarracenos, tanto por el ejemplo de sus virtudes como por su ciencia y su elocuencia; sus virtudes eran tan brillantes que le valieron siempre la admiración y el respeto de los doctores judíos y mahometanos, y se sabe que el Rey de Túnez se honraba con llamarle su amigo.

Se compenetra con aquellos sentimientos de humildad, de entusiasmo y de veneración Raimundo Lulio, que se consideraba como un pobre pecador y un ignorante y deseó seguir con este santo anciano, cuya obra quiso continuar y aumentar.

La acogida fué buena y paternal; el dominico tuvo con el neófito largas conversaciones y le dió los consejos pedidos. Buscó desde luego el medio para contener un celo que, poniéndolo sin medida, podía comprometer la mejor de las causas; le contó la historia de algunos de sus hermanos predicadores que se fían demasiado en las fuerzas del amor, y no consultando bastante su ciencia teológica, habían sido vencidos en disputa pública por los rabinos y habían tenido que retirarse para siempre en los claustros para expiar silenciosamente y por las mortificaciones el insulto que su presunción había atraído sobre la religión de Cristo; le dijo los peligros de un viaje por Africa y de una mansión en medio de populachos

fanáticos de Túnez, de Argel y de Bujía, que habían muchas veces apedreado los misioneros cristianos.

Pero no era la creencia de una muerte igual lo que podía detener á Lulio, porque morir mártir de la fe después de haber trabajado por su propaganda era su supremo deseo. Sólo le detiene la creencia de partir para la costa de África con una ciencia insuficiente; por lo tanto, respondió á Raimundo de Peñafort que difería la ejecución de sus proyectos y que él iría primero algunos años á sentarse en los bancos de la Universidad de París, y sabría adquirir con la ayuda de Dios la ciencia de los más ilustres doctores.

El Santo fijó detenidamente su mirada en los ojos ardientes y el rostro demacrado del peregrino y guardó silencio largo tiempo, pidiendo á Dios que le inspirase la respuesta esperada de sus labios como una orden, porque había adivinado en este humilde un soldado sublime para que pudiesen ser cumplidas cosas bellas. ¿Había contemplado su alma en todo el esplendor del alma del futuro autor de la *Filosofía de amor* y del libro de *Oraciones*? ¿Le murmuraba una voz bajada del cielo que el Doctor iluminado no tenía necesidad de maestros?

Le respondió:

«Es inútil que vayáis á la Universidad de París; volved á Palma, donde es preciso que deis ejemplo de virtud á aquellos que habéis escandalizado; rogad, medita en la soledad y Dios os dará la ciencia que os es necesaria.»

Siguió estos consejos, pero antes de volver á Palma le quedaba sin visitar un santuario: fué á saludar á Nuestra Señora Santa María de Montserrat, reina y patrona de Cataluña.

Desde el establecimiento del Cristianismo, Montserrat había sido el santuario más célebre de la Península, tanto como el de Santiago de Compostela, que se enorgullecía de poseer las reliquias de Santiago; viene por series una muy grande afluencia de peregrinos, y sobre todo extranjeros; la montaña catalana guarda, más altiva que todas, una particular y mística aureola que Dios le había dado en la transformación, que por milagro obró el día en que su Hijo

expiró en la Cruz. Esta cima había sido escogida para poner el asilo los caballeros del Graal, y no es otra que ésta donde hay que buscar el Montsalvat de *Parsifal*. Con tal motivo debían huir las muchedumbres. Pero Montserrat fué siempre así, la ciudadela religiosa del pueblo catalán, conoció los mismos triunfos y las mismas vicisitudes. Mientras duró la dominación sarracena en el Norte de España, el culto de la Virgen fué abatido: manos cuidadosas habían confiado á la tierra su milagrosa estatua para sustraerla á las profanaciones. Montserrat, donde los caballeros invisibles habitaban siempre, fué abandonado, hasta la hora en que el primer Conde independiente de Barcelona reconquistó con su pueblo las antepasadas libertades. La imagen de Santa María fué encontrada de nuevo, y prodigios divinos enseñaron á los catalanes que Jesús no los había abandonado y que estaba con ellos, tanto, que ellos mismos vendrían á prosternarse delante de su Madre en las horas de la agonía, como en los días de júbilo nacional.

Como hijo de Cataluña y como hijo de María, Raimundo Lulio trepó á la montaña de la tradición, y se encaminó hacia la cima de la fe; ensangrentó sus pies con las rocas para llegar á los verjeles de la Soberana; pero al bajar, según la costumbre, se apoya sobre la mano venerada desde el siglo XIII, y ésta le hace olvidar todos los sufrimientos llevados con paciencia. Meditó más que en los otros santuarios acerca de las empresas á que él se sentía llamado; su entusiasmo y su valor se multiplicaron, mientras que su corazón se perfeccionaba y se justificaba; él pedía con fervor para su entendimiento aquella ciencia de que le había hablado Raimundo de Peñafort, y sin la cual no podía ir á combatir á los enemigos de la fe.

Tres siglos más tarde, otro peregrino venía á Montserrat y pasaba una noche en oración á los pies de la Señora. Antiguo paje de un Rey, habiendo pasado su adolescencia y su primera juventud como Raimundo Lulio en las fiestas y frivolidades de la corte, habiéndose distinguido enseguida en la guerra por su bravura, Ignacio de Loyola renunció á la vana gloria de este mundo y suspendió sus armas en un pi-

lar de la capilla, pidió á María de Montserrat que le guiase en sus designios, y poco después fundaba esta milicia de soldados de Jesús, que toda su vida Raimundo Lulio había llevado en su espíritu. La fundación de una Compañía de Jesús fué uno de los grandes pensamientos del Doctor iluminado, y si él no tuvo la gloria de llegar á hacerla, tuvo al menos la de haberla querido con todas las fuerzas de su inteligencia y de su fe, de haberla saludado y predicho: «Un numeroso ejército y una grande multitud de hombres expertos se han juntado, los cuales llevan bandera de amor, en donde está la imagen y divisa de su Amado (Jesús), y no quieren que en su compañía vaya hombre alguno que no tenga amor, para que su Amado no reciba por ello deshonor» (1).

M. ANDRÉ.

(1) *L'Amé et l'Aimé*, 159.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES ⁽¹⁾

Obedeciendo respetuosamente, como á mandato ineludible; á la benévola invitación del venerable Arzobispo de esta diócesis, me atrevo á ocupar por breve tiempo esta tribuna. Sospecho que la única razón en que se haya podido fundar para hacerme tan señalada honra sea mi calidad de profesor de la Universidad de Valladolid, con la que esta insigne ciudad de Burgos mantiene estrechas y constantes relaciones académicas, muy á satisfacción, por cierto, de aquella antigua escuela que recuerda como alumnos brillantes y predilectos á tantos meritísimos varones que hoy realzan con el prestigio de su saber el foro y la medicina burgaleses. Verdad es que entre los profesores de aquel Claustro yo soy el menos caracterizado seguramente y por la pobreza de mis luces el único indigno de subir á este sitio; pero tampoco ha debido de ser casual esta designación, dado el tema que se me ha encargado desarrollar: NECESIDAD DE QUE LAS RELACIONES INTERNACIONALES SE INSPIREN EN LOS PRINCIPIOS DEL CRISTIANISMO.

Se trata de una tesis de tan clara evidencia, que su mera enunciación, en medio de las injusticias, atropellos é iniquidades que se cometen en el orden internacional, suena en nuestros oídos como una esperanza salvadora, y sin necesidad de más explicaciones penetra por sí sola en el entendimiento y corazón humanos, ansiosos de verdad y de justicia, y así como, merced á los adelantos de la mecánica, no es maravilla ya en nuestros días ver un enorme artefacto puesto en movimiento por el solo esfuerzo de un niño, del mismo modo en la ciencia cristiana los más grandes problemas suelen pre-

(1) Discurso leído por D. Antonio Royo Villanova en el Congreso católico de Burgos.

sentarse con la más encantadora sencillez, y puede darse el caso, como ahora, de que sin sorpresa de nadie intente yo abordar el problema de las relaciones internacionales, contando ciertamente para ello con menos fuerzas que ese obrero infantil.

En efecto, señores, el malestar creciente que se advierte en todos los órdenes de la vida social constituye una grave enfermedad crónica, que es, sin embargo, de sencillísima apreciación desde el triple punto de vista de su diagnóstico, de su etiología y de su terapéutica. Esa enfermedad es la falta de justicia, la causa que la ha engendrado es el materialismo imperante y el único remedio es la reacción cristiana, profunda, sincera, universal, que traiga el espíritu del Evangelio á vivificar á esos pueblos y á esas multitudes que yacen sumidos en un sensualismo pagano, sin fe y sin ideal; que venga la sociología católica á sustituir al dogmatismo revolucionario; que reemplace la verdadera filosofía al invasor positivismo.

No hay justicia, no, en las relaciones sociales. Y no puede haberla puesto que se niega el derecho natural y se desconoce en el orden jurídico lo que hay de permanente, de absoluto y de inmutable. El panteísmo hegeliano, confundiendo é identificando lo ideal y lo real, implicaba la negación del orden transcendente. El positivismo materialista encuentra así preparado su camino, y una vez absorbido el ideal en la realidad fenoménica, no reconoce más que á ésta y sustituye el panteísmo hegeliano con el monismo evolucionista; sólo existe el orden material y todo él se rige por las mismas leyes; materia es el hombre y á leyes materiales se sujeta en su desarrollo y en sus relaciones; el hombre es un organismo y á leyes orgánicas responde su vida; el hombre es sólo un grado más elevado en la escala zoológica, y ha de obedecer á las mismas leyes que los demás animales, y como entre éstos no hay más ley que la fuerza y la lucha, mediante la cual se ciernen (1) y depuran las razas, así en las relaciones humanas

(1) *Selección* dicen con barbarismo los escritores españoles al hablar de este sistema, á cuya admisión se resiste, por lo visto, el rico idioma castellano.

no debe imperar otra ley que la fuerza, la lucha por la vida, la supervivencia de los más aptos, la subordinación del individuo á la especie... ¿Dónde está entonces la justicia?

Esta falta de justicia es la que ha perturbado el orden económico, agravando el problema social y encendiendo la lucha de clases. Divorciada la economía de la moral, no tiene la riqueza más regulador que ella misma. Perdida toda fe religiosa, definida la ética como la regla de conducta que produzca mayor utilidad y señalados los goces materiales como único fin de la vida, lánzase todos los hombres á una lucha desesperada y brutal por la posesión y acumulación de bienes. Así, las relaciones entre el capital y el trabajo se reducen á la lucha encarnizada de los intereses y se resuelven, no por la virtud moral de la justicia, sino por la material eficacia de la fuerza. Trata el patrono de imponerse al obrero, obligándole á trabajar lo más posible (sin consideración ninguna á su edad, ni á su sexo, ni á la salud de su cuerpo ni á las necesidades de su espíritu) y procura reducir el salario, no según las necesidades del que lo percibe, sino según la conveniencia de quien lo da; luchan entre sí los productores en abierta y desordenada competencia (cuando no se asocian los grandes contra los pequeños en esos poderosos sindicatos que se sirven de la libertad para fundar el monopolio, y fijando arbitrariamente el precio de las cosas, imponen la ley al consumidor); luchan, en fin, y tenazmente, los obreros, haciendo el recuento de sus fuerzas en conferencias y congresos, formando partidos socialistas de clase, tratando de sustituir un exclusivismo por otro exclusivismo é intentando reemplazar el actual derecho capitalista por un derecho puramente obrero, y al paso que sustentan ese ideal para lo porvenir, luchan al presente contra los patronos, con las cajas de resistencia, las huelgas y las coaliciones, ó se lanzan desesperados á las venganzas de la dinamita.

No hay justicia tampoco en las relaciones internacionales, y no la hay porque aquí, como en ningún otro orden de la vida social, impera el concepto materialista del derecho, y no la habrá mientras *las relaciones internacionales no se inspiren en los principios del cristianismo.*

Si se fueran á reunir todos los errores que se han escrito y todas las iniquidades que se han perpetrado en estos años últimos en las relaciones internacionales se formaría un grueso volumen cuyo título obligado sería éste: *El materialismo en el orden internacional*; materialismo en las doctrinas, materialismo en los hechos, y hasta en los remedios que se buscan para establecer entre las naciones una paz duradera descúbrese como vicio de origen cierta tendencia materialista.

No trataré, señores, de hacer un examen de los diversos sistemas que, alejados de la filosofía católica, explican el fundamento y las bases científicas del derecho internacional. Fuera además en mí vano y pretencioso intento después de los áureos libros de Carlos Perin (1).

Bástame señalar las consecuencias que los principios del positivismo producen en ésta como en las demás ramas del derecho. Si las relaciones entre los hombres obedecen á leyes naturales, las mismas para todos los seres orgánicos según el monismo evolucionista; si el hombre no está hecho á imagen y semejanza de Dios, sino á identidad perfecta con los demás seres (puesto que una es la materia y únicas también las leyes que la rigen); si el derecho y la justicia se distribuyen, por consiguiente, entre los hombres, no según su capacidad moral, sino según su fuerza física, el derecho entre las naciones se ajustará también á ese principio materialista. Sólo los Estados poderosos tendrán la plenitud de sus derechos; los pueblos débiles llevarán una vida precaria, expuestos siempre á ser devorados por sus vigorosos vecinos, pues la falta de fuerza material equivale por sí sola en nuestros días á una *capitis diminutio*.

Un escritor positivista, en un libro reciente, formula esta ley con entera claridad y donosa desenvoltura.

«Los hechos, dice, nos demuestran que el derecho no existe más que cuando se posee la fuerza necesaria para hacerlo respetar. No puede decirse que la fuerza prevalezca sobre el derecho (*la force prime le droit*), porque la fuerza y el derecho

(1) *Las leyes de la sociedad cristiana*, traducción española.—Barcelona, 1876.—*L'ordre international*.—París, 1888.

son una misma cosa. Donde no hay fuerza no puede haber derecho...»

Y añade más adelante, desarrollando la misma idea:

«El único derecho reconocido al carnero es el de abandonar sus costillas á los seres que tienen un cerebro mayor que el suyo. El único derecho reconocido á los negros es el de ver á su país invadido y saqueado por los blancos y ser arrojados á tiros si oponen resistencia. Si no se resisten se limitarán á apoderarse de todo lo que poseen y luego les harán trabajar á latigazos para enriquecer á sus invasores... Yo creo, por supuesto (concluye luego el escritor citado), que si la carne de los negros no fuese tan medianamente comestible para el blanco, no escaparían fácilmente á ese fin tristísimo. El destino del negro sería entonces el mismo del buey cuando este pacífico animal empieza á no poder ya con la carreta. En cuanto no pudiera trabajar y después de cebarlo convenientemente, sería enviado al matadero» (1).

Se resiste la pluma á seguir copiando estas crudezas, que, como veis, constituyen un trozo escogido de novísima sociología.

Esta doctrina desconsoladora no tiene ni siquiera el mérito de la novedad. Es una restauración de aquella filosofía pagana que declaraba la esclavitud apoyada en la naturaleza y que condenaba á perecer á los ancianos y á los inútiles en castigo de su estéril debilidad. Y así como en la antigüedad clásica se atribuyen los pueblos fuertes el derecho de sojuzgar á los débiles, así en nuestros tiempos, apoyados en los mismos principios, los Estados poderosos se creen facultados para engrandecerse á costa de los pequeños.

(Continuad.)

(1) *Psicología del socialismo*, por Gustavo Le Bon.—París, 1898.

LA CRUZ NEGRA

TRADICION

A mi hermano Gonzalo.

I

Brenda contaba apenas diez y seis años.

Era hermosa como la idea que tenemos de los ángeles y apasionada como esas flores que entreabren sus corolas al primer beso del aura.

Poseía una belleza lánguida, artística, arrebatadora, capaz de enardecer la dormida inspiración de otro Rafael de Urbino.

Era además muy blanca, con la blancura pálida, amorosa, poética de las razas meridionales.

Sus ojos, negros como lo desconocido de un abismo, estaban animados por el magnético destello de la tentación: atraían, fascinaban al deseo.

Negros eran también sus cabellos, sedosos y abundantes, rico adorno de ébano que orlaba una frente de alabastro, donde lucía la pureza y la majestad de su alma.

Su boca, contorneada diminutamente por el granate sirio de sus labios, semejábese á un clavel rojo hasta en el perfume que emanaba de ella.

Las formas todas de su cuerpo hubieran podido servir de modelo á Praxiteles para su correcta obra, la Venus de Gnido.

II

Brenda amaba con delirio, con locura, como sólo una vez en la vida amamos.

Por un misterio del corazón había cifrado su cariño en un

ser deforme, desprovisto de belleza real, sin encantos ni atractivos materiales que pudieran halagar sus sentidos ó su orgullo de mujer.

Aquella pasión había brotado en el fondo de su alma engendrada por la caridad, como la nube por los vapores, como el azul del firmamento por las refracciones solares.

El amor de Brenda, semejante á un océano tempestuoso, había roto los diques de la hermosura física para desbordarse, arrullar y gemir en la inmensidad de otra alma como la suya.

La simpatía es el magnetismo de los espíritus.

Dos seres entre los cuales exista consonancia, identidad, armonía de afecciones y deseos se atraen, se enamoran, llegan á confundirse.

Por eso los amantes tienen una sola aspiración, una sola idea, un alma que anima dos cuerpos.

Brenda, privada desde su más tierna infancia de los cuidados y del cariño maternos, había crecido como la violeta entre las rocas, condensando en su corazón ese perfume de la vida que llamamos amor.

Su padre era un hombre de cincuenta años, grave, rígido, despótico, incapaz de sentir ni de comprender la ternura filial. Un verdadero noble del siglo XVI, arruinado por el juego, que había ido á sepultarse con su vanidad, sus preocupaciones y sus vicios en un pardo torreón que arrebataron sus mayores á los árabes.

Brenda le respetaba sin amarle y le obedecía por temor.

El fuego de su juventud y la nieve de aquella frialdad sincera ó fingida no podían avenirse.

Brenda buscó en otro corazón el cariño que su padre le negara.

Un compañero de su infancia con el que había compartido los dulces goces de la inocencia fué el depositario del bendito tesoro de su adoración.

De niños, Brenda y David sintieron recíprocamente el afecto que nace de la identidad y armonía de aspiraciones; de adolescentes, el afecto se convirtió en pasión y se amaron con la locura del primer delirio.

David era hijo de un viejo mayordomo que no quiso abandonar al arruinado noble en su desgracia.

David había visto la luz del mundo á costa de la existencia de su madre.

Su nacimiento fué muy aciago.

Una caída de aquella santa mujer en los últimos días de su embarazo le privó para siempre de la esbeltez y de la gallardía.

Nació contrahecho, jorobado.

Tal vez este defecto físico fuese la causa de su eterna tristeza.

David tenía un carácter melancólico, apasionado, bello.

En la deslumbrante mirada de sus ojos negros y expresivos se adivinaba la chispa del genio que los hacía brillar.

Brenda se enamoró de aquella alma generosa, que únicamente á la suya había descubierto su grandeza y su hermosura.

David, en el trato social, ocultaba su dolor y sus sentimientos bajo la máscara de un refinado sarcasmo.

Sólo los jóvenes conocían el cariño que mutuamente se profesaban.

Sus amores eran unos amores misteriosos, llenos de encanto é ignorados del mundo.

En el silencio y la soledad de la noche, se veían y se hablaban con el dulce lenguaje de la pureza.

III

Las ruinas del árabe castillo donde vislumbraron la primera luz los hermosos ojos de Brenda se elevaban en un terreno quebrado, fuertemente poético, cubierto de espléndida vegetación, como un pálido y triste recuerdo del pasado.

Un torrente impetuoso se despeñaba de las vecinas sierras, arrastrando su vertiginosa corriente sobre un lecho de rocas y lamiendo con su blanca espuma los ennegrecidos cimientos de aquella obra de granito.

Desde la altiva torre del homenaje se distinguía uno de

esos cuadros sorprendentes y magníficos de la naturaleza, y la inmensidad del cielo, á veces azul y risueña, á veces también aplomada y sombría.

Tal era el escenario donde se representó el terrible drama que vamos á referir.

No es un cuento, producto de nuestra fantasía, es una sangrienta tradición que oímos relatar á un anciano venerable, á un ermitaño de aquellas fragosas soledades.

Si el destino ó el capricho os llevara algún día á la provincia de Granada y recorriéseis el partido de Órjiva ó Puebla de Don Fadrique, veríais confirmada nuestra narración.

Todavía se conserva hoy el esqueleto ruinoso del castillo y una cruz negra enclavada en el suelo cerca del torrente.

IV

Era una tibia noche de verano.

Nunca el hermoso cielo de Andalucía ostentó un azul más puro, ni las estrellas mayor intensidad de luz.

La melancólica luna brillaba tan próxima á la tierra que parecía coronar las pardas almenas del castillo con sus rayos de plata.

El éter difundía en todas direcciones los resplandores del cosmos.

La brisa templada, ardiente, robaba su fragancia á las flores, que se estremecían de placer al sentir su impuro beso.

En torno de las montañas se había formado una neblina vaporosa, luciente, blanca como la pureza, fantástica como los sueños de la juventud y semejante á la aureola de las vírgenes.

Las cristalinas aguas del torrente producían al derrumbarse los mágicos colores del iris, perdiéndose luego en el seno de los precipicios como una ilusión realizada en el abismo del olvido.

En aquella apacible noche el mundo físico era un exacto reflejo de la belleza de Dios.

.....

Á juzgar por el silencio profundo y solemne que reinaba en la naturaleza, debía de ser muy tarde cuando abandonó el interior del castillo una sombra blanca y se deslizó rápidamente entre los árboles, penetrando poco después en un rústico pabellón formado de jazmines, que se enlazaban como los deseos de un ambicioso favorecido por la suerte.

Dentro del poético cenador se hallaba David.

La misteriosa sombra era Brenda.

Hay cuadros tan llenos de dulzura y de sentimiento, que en vano pretenderíamos crear una imagen de ellos con la palabra.

Los amantes se contemplaron algún tiempo arrobados de felicidad.

La pálida luna derramaba su melancólica luz sobre aquellas juveniles cabezas. Y las nacaradas flores de los jazmines descendían en forma de guirnalda á ornar sus frentes virginales y hermosas...

—Creí que te olvidabas de nuestra cita—exclamó David interrumpiendo aquel delicioso éxtasis y con un acento de indefinible ternura.

—No, hermano mío, es que ahora más que nunca necesitamos encubrir nuestro cariño, encerrarlo en el santuario del corazón, como ocultaríamos un tesoro de inmenso valor que tratasen de arrebatarnos.

—¡Ah! Yo debo perder toda esperanza de felicidad. Tu padre te ha elegido un esposo noble, rico y que posee varios títulos; á su lado brillarás en el gran mundo como un astro esplendoroso en la oscuridad de la noche, por tu juventud y por tu belleza. Innumerables adoradores rendirán á tus plantas como á las diosas de la antigüedad un culto idólatra y quemarán en el fuego de una impura pasión ó de una idea egoísta de engrandecimientos el incienso de la lisonja que ha de embriagar tus sentidos. El oro. ¡Quién es capaz de medir su fuerza atractiva!... Yo ninguno de estos goces puedo ofrecerte; á mi lado te espera la pobreza, acaso la miseria, el enojo de tu padre y...

—¡Oh!—interrumpió Brenda con la voz mojada en lágrimas.—Yo no quiero brillar en el mundo de los placeres y de

la nada, yo no sé fingir un amor que no siento; mis deseos están satisfechos con resplandecer eternamente como una esperanza en el cielo de tu ilusión... ¿Por qué dudas de mi cariño?

David lanzó un profundo suspiro.

—Jamás—dijo—he dudado de tu cariño, Brenda; siempre he creído en él como en la existencia de Dios, como en el premio de la virtud al fin de nuestro destino; pero ¡ay! el amor á los diez y seis años es un fuerte perfume que emana del corazón y desvanece la cabeza como los vapores de una bebida alcohólica: mañana te arrepentirías de haber unido tu suerte á la mía; mañana, cuando desapareciesen la embriaguez de la pasión y los encantos del deseo, no verías en mí más que á un ser deforme, sin fortuna, sin atractivos que pudieran halagar tu vanidad. Créeme, Brenda, el fuego siempre produce las cenizas, el hastío es una consecuencia de las pasiones volcánicas, es también un poco de ceniza...

Reinaron algunos momentos de doloroso silencio.

La tristeza de David se había introducido en el alma de la joven, haciéndole saborear por primera vez la amargura del desengaño.

Brenda lloraba resignada como las mártires del cristianismo.

El llanto es lo que más hermosea á la mujer, lo que más la engrandece á nuestros ojos.

Las lágrimas—dice bien un galano escritor moderno (1)—son un poema del sufrimiento.

Así como la noche tiene el encanto de la melancolía y la borrasca la majestad del rayo, el rostro de la mujer posee el atractivo de las lágrimas.

David hizo un esfuerzo poderoso para disimular las emociones que agitaban su alma, bajo la influencia de aquel llanto desconsolador.

—¡Ah!—exclamó Brenda.—Me propones que renuncie á mis amores de niña, que destruya por su base el mágico castillo de mi ilusión, que olvide los puros goces de la infancia y

(1) D. Germán de Castro en sus *Hojas sueltas*.

de la adolescencia, para pensar desde hoy en las ventajas que proporciona el dinero y la posición social. ¡David! Tú no me amas si crees que un día pudiera arrepentirme de ser tu esposa; tú no has penetrado en el fondo de mi alma, cuando imaginas que el hastío se apoderaría de ella, haciéndome juzgar como sacrificio lo que ahora forma el mayor encanto de mi deseo. David, los afectos no abrasan, no destruyen como las pasiones; los sentidos se cansan, se debilitan, se hastían de todo: el espíritu, por el contrario, cada vez encuentra nuevos placeres, nuevas satisfacciones en el mundo ideal.

—Brenda, no podremos convencernos nunca; tú aceptas el martirio, te prestas gustosa á ser una víctima de la caridad, y yo no quiero representar el papel de verdugo; he obrado con franqueza descubriendo el abismo que se abre á tus pies. Yo, que te adoro como el ermitaño la soledad, como el océano las costas que le aprisionan, como el árabe errante la tristeza del desierto, te aconsejo, es más, te ruego que obedezcas á tu padre, que cumplas su voluntad, que no dejes escapar la fortuna que te brinda el destino... Si conservas de mi cariño un recuerdo doloroso y me dedican en el silencio de la noche una lágrima tus ojos y un latido tu corazón, me consideraré feliz. Los afectos, los amores espirituales no tienen su fin, su objeto en la tierra: ¡la recompensa del nuestro la recibiremos en el cielo!.....

.....

Algún tiempo después, Brenda se perdía entre el arbolado como una esperanza en las sombras del desengaño, cual una estrella en los negros celajes de la tempestad.

David contempló por algunos instantes el morisco castillo donde se encerraban sus ilusiones de adolescente, como el alma en el cuerpo humano, como el perfume de la rosa en su brillante corola.

Dos lágrimas relumbraron en sus ojos á la luz de la luna y un suspiro se escapó de su pecho.

—¡Oh!—exclamó con acento apasionado.—Adiós para siempre, Brenda, el llanto de tu constancia me arrastraría al crimen... No quiero que la sangre de mi rival salpique mi frente, ni que la voz de la conciencia me robe la tranquilidad... ¡Adiós!...

¡Quizá algún día comprendas mi sacrificio y mi martirio!...

Y el pobre jorobado se alejó del castillo, deteniéndose repetidas veces á contemplarlo de nuevo.

La brisa en sus invisibles alas debió de llevar hasta Brenda el eco doloroso de aquella despedida.

.....
.....

V

Era la hora del vespertino crepúsculo. El astro rey había sepultado su disco de fuego tras las gigantescas montañas que recortan el Occidente en aquellos solitarios parajes.

Algunas nubes teñidas de grana flotaban en torno de sus espléndidas cimas, como los rosados pensamientos de la felicidad en la juvenil cabeza de un adolescente.

El aura leve, apacible, silenciosa, apenas hacía balancear á las flores sobre sus delicados tallos.

Los gorjeos de las aves que majestuosamente cruzaban el espacio en busca del poético abrigo de los árboles eran tristes, como el ruego de la cautiva, como la música de las alemanas baladas, como el canto del montañés que ama sin esperanza.

Todo dormía en la naturaleza; sólo el torrente, al despeñar sus aguas, turbaba aquel solemne reposo, aquel silencio elocuente, como el eco de un remordimiento turba la conciencia del hombre cuando todo calla en su derredor.

La luz es la vida de la naturaleza, es su alma. El sol hace resplandecer sus encantos, sus matices, su vegetación. El crepúsculo de la tarde, si me es permitida la frase, satura estos encantos con su pálido brillo, los embellece con su melancolía.

Una naturaleza sin luz es lo que una hermosa sin gracia, lo que una flor sin perfume, lo que un corazón de veinte años sin ilusiones.

En esa hora en que las sombras de los abismos abandonan sus profundos lechos como evocadas por Satanás, y se ex-

tienden y pueblan los valles, hallábanse dos nobles en una lúgubre y destartada cámara del castillo, recostados en monumentales sillones y departiendo con no escaso interés.

Representaba el uno cincuenta años de edad. Era de buena estatura, delgado y muy moreno. Tenía los ojos oscuros, altivos, penetrantes; los cabellos y la barba largos y casi blancos. En su conjunto se advertía el sello de la antigua nobleza.

El traje negro que llevaba hacía le aparecer más seco, más grave, más imponente.

Tal era D. Álvaro de Zúñiga, padre de Brenda.

El otro noble frisaría en los cuarenta y cinco años, y estaba bastante grueso, relativamente á D. Álvaro.

Era también más alto que éste, blanco de color, con ojos azules y cabellos de un rubio indefinible.

Advertíase asimismo en su cadavérico rostro el orgullo de raza, y en su mirada la altiva majestad de un ilustre abolengo.

Tal era D. Beltrán de Lara, Duque de Alcudia y Marqués de Acapulco, candidato oficial á la mano de Brenda.

Ambos nobles se conocieron de jóvenes en la coronada villa.

De la armonía de sus caracteres brotó la profunda amistad que se profesaban.

Juntos frecuentaron en aquel tiempo los salones del gran mundo, y juntos también corrieron algunas vergonzosas aventuras, de que han sido siempre teatro los palacios.

Huérfano D. Álvaro desde sus primeros años, falto de experiencia y sin el auxilio de los consejos maternos, se entregó desenfrenadamente en su juventud á toda clase de escándalos.

Muy pronto descolló entre sus pasiones el vicio del juego.

Al principio mataba el tiempo, como suele decirse, en compañía de algunos amigos reunidos alrededor de una mesa con la inocente idea de saquearse.

Más tarde asistió á los aristocráticos garitos, que frecuentan únicamente los tahures de fraque y guante blanco, aunque sólo como aficionado ó como aburrido de ser rico.

Por último, una noche, zaherida su vanidad por las intencionadas sonrisitas del *banquero* y las no menos burlonas de los *puntos* al ver su desgracia, jugó fuerte, consiguiendo dejar

sobre el verde tapete de una manera nominal, bajo su palabra de *honor*, la inmensa fortuna que heredara de sus padres.

Este terrible golpe del destino le hizo comprender la amargura de los que trabajan para vivir.

D. Álvaro, como sucede á muchos jóvenes de nuestra época, no servía para nada útil, para nada provechoso á la sociedad.

Habíase ocupado tan sólo en fingir el amor á las mujeres, en cultivar la amistad en los cafés de moda y en aprender la esgrima del florete y la equitación inglesa.

Sabía presentarse con despejo en los salones, entretener el ocio de las damas con su amena y superficial conversación, y jactarse de libertino, de irreligioso y de matón.

Reunía, es indudable, las condiciones suficientes para lucirse y medrar en el gran mundo si hubiera prescindido de su carácter orgulloso y de la altivez de raza.

Pero D. Álvaro se desdeñaba de pedir favores, y mucho más de adular á las personas que por tantos años había tenido á su nivel.

El padre de Brenda conjuró la borrasca de la miseria casándose.

Una dama de esclarecido linaje y de mediana fortuna le aceptó por esposo, y desde entonces retiróse de la corte, yendo á sepultarse en el viejo torreón que conocen ya nuestros lectores.

Á los dos años de su boda nació Brenda, y algún tiempo después moría la madre de ésta, agobiada por los disgustos.

La conducta de D. Álvaro en el seno de su familia fué siempre despótica y cruel; su carácter, seco y grave desde la cuna, adquirió con los reveses de la suerte y las contrariedades de la vida un tinte sombrío de irascibilidad.

D. Beltrán, su amigo, colocado por el destino en iguales circunstancias, llevó también una juventud en extremo licenciosa.

Nada tenía que envidiar á D. Alvaro, á excepción del ruinoso vicio de jugador.

Había seguido sus huellas en todo, separándose únicamente en este punto.

Su pasión favorita fué siempre la mujer, á la que consagró un culto idólatra de muchos millones.

Por lo demás, idénticos eran sus caracteres, idénticas sus preocupaciones, sus ideas y sus gustos.

Cuando abandonó D. Alvaro la coronada villa, ofrecióle D. Beltrán hacerle una periódica visita todos los años en su apartado retiro.

Hasta entonces había cumplido religiosamente su ofrecimiento, pasando en compañía de su amigo algunos días de los poéticos estíos.

Esta circunstancia hizo que el Duque de Alcudia conociese á Brenda desde su niñez y que se enamorara de ella en la juventud.

Ya hemos dicho que su pasión favorita era la mujer; por tanto, nada de extraño tiene que la deslumbrante hermosura de Brenda le impresionase, hasta el punto de pedir su nacarada mano á D. Álvaro.

Este vió que el enlace de su hija con D. Beltrán era ventajosísimo, y prescindiendo de la notable diferencia de edades y de la nauseabunda historia de su amigo, aceptó con entusiasmo la proposición.

¡Cuántos padres sacrifican á sus hijas casándolas por conveniencias sociales!

Del cariño, de la honradez y de la salud, que son las mejores dotes de un marido, se prescinde en nuestra época, y hasta se olvidan por el dinero y los honores mundanos!

Estos absurdos, estos crímenes contra la naturaleza, los expían más tarde seres inocentes.

No queremos convencernos de que las riquezas distan tanto de la felicidad como la miseria.

De ahí los infinitos errores y desaciertos que cometemos y sancionamos.

.....
Dados estos indispensables detalles, para la comprensión de nuestra historia, continuemos.

VI

Según dijimos al lector anteriormente, en una sombría cámara del castillo y sepultados en monumentales sillones se hallaban D. Beltrán y D. Álvaro departiendo con interés, á la hora del vespertino crepúsculo.

Escuchemos silenciosos su diálogo.

—¡Es extraño!—exclamó D. Álvaro con misterio, en el momento de prestarles nuestra atención.

—¡Bah! No debe preocuparte la diablura del jorobado—repuso D. Beltrán.—Seguro estoy que mañana en la noche, á la hora de la fiesta, aparece en el castillo sin necesidad de rezarle un padrenuestro á San Antonio.

—Podrá suceder; pero, de todos modos; ¿qué idea le ha guiado al abandonarnos la víspera de tu boda con mi hija? Yo conozco muy bien el carácter de David, y me parece incapaz de cometer una diablura semejante.

—¡Ah! Es que el hábito no hace al monje; yo creo firmemente, amigo Zúñiga, que todos los jorobados tienen á Satanás dentro del cuerpo, y no me fiaría de ellos para nada; me repugna el sarcasmo con que hablan; la ironía debió de inventarla el primer contrahecho del mundo; son tan deformes de alma como de constitución física.

—Pronto saldremos de dudas—añadió D. Álvaro;—ya sabes que mi viejo mayordomo ha ido á Órjiva en busca de él. Es un padre que adora á su hijo cual pocos. Esta mañana lloraba como un arrepentido. David no puede haberse alejado mucho de estos contornos, y se encontrará más tarde ó más temprano.

—Mucha importancia estamos dando á su desaparición, cuando no merece la pena de que de ella nos ocupemos; háblame de otra cosa; por ejemplo, de mi próximo casamiento...

—Pues todo el día lo hemos empleado conversando de este asunto—interrumpió el de Zúñiga.

—Es natural; el hombre que como yo—dijo D. Beltrán con

algún entusiasmo—vislumbra la felicidad en el horizonte de mañana, debe olvidarse de cuanto le rodea para pensar únicamente en la causa de su ventura y de su pasión. ¿Quién había de decirme hace veinte años, cuando la corte era el teatro de mis aventuras amorosas, cuando consideraba á las mujeres como artículo de lujo, como objetos de vanidad y de placer, más caros cuanto más bonitos, cuando negaba, en fin, las dulzuras del matrimonio, ponderando hasta las nubes las delicias del celibato; quién había de decirme á mí, repito, que un día de mi vida aceptaría como axioma lo que me parecía entonces absurdo y erróneo?

El Duque hizo una pausa al llegar á este punto de su discurso.

—Pero no es eso lo más prodigioso—añadió reanudándolo;—lo inverosímil, lo extraordinario es que una hija tuya, una hija de mi amigo Zúñiga, del antiguo libertino, haya hecho mi conversión.

D. Álvaro se estremeció al escuchar las palabras del Duque, que eran un eco de sus remordimientos. Por algunos instantes guardaron ambos nobles profundo silencio.

—No me explico tampoco—continuó D. Beltrán—la tristeza de Brenda en estos días; todas las mujeres, cuando se hallan de boda, hacen brillar la alegría en sus rostros y tienen sonrisas de felicidad para sus prometidos; tu hija, por el contrario, cada vez está más abatida, más melancólica; hasta he llegado á sorprender algunas lágrimas en sus hermosos ojos.

D. Beltrán no pudo notar la densa palidez de su amigo al ocuparse de aquel misterio.

La casi oscuridad de la cámara se lo impidió.

—Nunca hasta hoy—dijo D. Álvaro—he advertido ese dolor en Brenda; sin duda reconoce por causa la desaparición de David; como siempre han estado juntos, nada de particular tiene que sienta su ingratitud al abandonarla.

—Es decir—exclamó el Duque con cólera—que en todos mis asuntos se ha de mezclar ese maldito jorobado para destruir mi ventura. No, pues yo juro...—D. Beltrán se interrumpió repentinamente.

Habíase destacado en el fondo de la sombría cámara, al pálido fulgor de una luz, la majestuosa figura de un venerable anciano.

La lámpara que sostenía entre sus temblorosos dedos iluminaba de lleno su macilento rostro, surcado de profundas arrugas, esas terribles huellas de los años y de los pesares.

Su larga y lacia cabellera parecía el blanco sudario de sus apagados pensamientos.

Advertíase en sus ojos la falta de brillo, de animación, de intensidad en el mirar.

El fuego de la vida había ido consumiendo lentamente su naturaleza, y de un momento á otro debía caer en la tumba, convertido en un montón de cenizas.

El anciano adelantó con trabajo hasta colocar la mustia lámpara sobre el frío mármol de un velador, inclinándose después respetuosamente ante los nobles.

—Y bien—dijo D. Álvaro, dignándose apenas corresponder á su saludo,—¿no habéis encontrado en Órjiva á David? ¿Qué habéis conseguido con vuestras indagaciones?

Dos lágrimas se deslizaron silenciosas por las mejillas del anciano, contestando elocuentemente á la pregunta del caballero.

—No os aflijáis, Guzmán—dijo el Duque de Alcudia, compadecido,—más tarde ó más temprano parecerá vuestro hijo, puesto que no tiene motivo alguno para abandonaros.

—¡Quién sabe cuándo volveré á estrecharle entre mis brazos!—exclamó Guzmán sollozando.—¡Ah! No debo abrigar seguridad de que esto se realice. Ningún montero ha visto á mi hijo, inútilmente he recorrido los campos; sólo me restaba la esperanza de que se hallase en Órjiva, y también este último destello de luz se ha desvanecido. Quizá...

—Basta de lloros y de profecías—dijo D. Álvaro de una manera brusca, interrumpiendo al pobre viejo.—Si os hubierais hecho respetar de vuestro hijo, ahora no sufriríais las consecuencias de sus diabluras. Tened conformidad y no volváis á hablarnos de tan enojoso asunto.

Estas crueles palabras hirieron el corazón del anciano más que si la acerada hoja de un puñal de misericordia lo hubiese

taladrado. El mismo D. Beltrán las oyó con repugnancia.

—Nada nos habéis dicho—prosiguió el de Zúñiga—acerca de Fr. Luis el Negro. ¿Vendrá mañana á la noche al castillo? ¿Á qué hora ha de celebrarse la ceremonia?

—Tenéis razón, señor—repuso el mayordomo con voz humilde.—La pérdida de mi David me hace desvariar... Olvidárame ya de participaros que el reverendo se hallará aquí mañana á la tarde, dispuesto á celebrar el casamiento del noble Duque de Alcudia á cualquiera hora de la noche.

—Bien—dijo D. Álvaro,—es cuanto deseaba saber. Retiraos.

Guzmán se inclinó profundamente, abandonando la cámara pocos segundos después.

.....

VII

Lentas, tristes y monótonas se deslizaron las horas de aquel hermoso día para la enamorada Brenda.

Sus bellísimos ojos habían enrojecido de llorar.

La densa palidez de sus mejillas revelaba una noche de insomnios y de afanes.

El doloroso recuerdo de su cariño perdido y la idea de una eterna esclavitud al lado de D. Beltrán se revolvían en su mente, haciéndole sufrir un cruento martirio.

Los albores de la mañana no pudieron disipar las sombras de su tristeza.

Brenda, reclinada hasta entonces en el blanco lecho donde resbalaban sus hermosos sueños de virgen en noches más felices, lo abandonó como abatida por el cansancio.

Vistióse una ancha bata, plegándola naturalmente con elegancia á su reducidísima cintura, y dirigióse luego al entreabierto balcón.

El aura acarició sus negros cabellos, perfumándolos con robada ambrosía.

La joven abarcó con su poderosa vista el agreste y bravío paisaje que á sus plantas desarrollaba la naturaleza.

Un firmamento azul prusia confundíase con la verde alfombra de los campos en algunos confines del horizonte.

En otras direcciones se descubrían desparramados en agradable desorden pequeños caseríos y la humilde torre de alguna ermita.

Brenda dirigió una mirada vaga á todos estos encantos.

Su pensamiento, abstraído con el recuerdo de David, no le permitía fijarse en aquel grandioso panorama.

¿Dónde se hallaba el pobre jorobado? ¿Por qué no acudía solícito á saludar la aurora de su amor?

Un presentimiento terrible cruzó, rápido como el relámpago, la mente de la joven.

Su cariño le anticipaba la triste noticia de la desaparición de David.

Cuando la realidad confirmó sus temores, Brenda quedóse como aplanada por su intenso dolor.

.....

Volvemos á presentar á la joven algunas horas después de haber asistido á la escena entre D. Beltrán y D. Álvaro.

El tiempo, que todo lo mitiga, había calmado en parte su desconsuelo.

Hallábase sola en su lujosa estancia.

Una lámpara pendiente del rico artesonado iluminaba con sus tibios resplandores el antiguo, pero espléndido menaje de aquel camarín.

El murmullo del torrente que arrastraba sus aguas á unos cien metros del balcón de Brenda era el único ruido que interrumpía el silencio de la noche.

La noble hija de Zúñiga meditaba recostada en un cómodo sillón de terciopelo carmesí, sobre el que resaltaba admirablemente su blanca vestidura.

De pronto, como hablando con su pensamiento, «Sí, exclamó, debo dar esta prueba de cariño á David; dispuesta me hallo á sufrir el martirio antes que aceptar á D. Beltrán por esposo; me resistiré, lloraré; pero si me violentan, si desprecian mis lágrimas...» Una sombra oscureció la alabastrina frente de Brenda, como un negro celaje eclipsa por un momento el brillo de la luna.

«¡Ah, hermano mío, prosiguió la joven, cuán grande ha sido tu sacrificio al renunciar á mi amor por no privarme de las riquezas y de la posición social! Yo recompensaré tu generosidad con mi constancia. ¡Ó tuya ó de nadie!»

Brenda se levantó de una manera nerviosa, acabado su extraño monólogo, y abandonando en seguida el camarín, deslizóse por una lúgubre galería del castillo, rápida como la idea, silenciosa como los fantasmas.

Al final de aquel largo y estrecho pasillo había una puerta; algunos rayós de luz se escapaban por sus intersticios.

Brenda llamó en ella suavemente. La puerta abrióse hacia el interior, destacándose en su negro marco la grave figura del Duque de Alcudia.

La joven penetró en la estancia de D. Beltrán sin detenerse, haciéndole cerrar nuevamente la entrada.

El Duque expresó en su rostro la agradable sorpresa que aquella visita le hacía experimentar.

Por cortos instantes reinó un silencio embarazoso, como sucede siempre en situaciones excepcionales.

—Caballero—dijo Brenda con turbación,—necesito explicar...

—Permitidme que os ruegue antes que toméis asiento—exclamó D. Beltrán acercando una silla á la joven.

—Sentaos vos también.

El Duque ocupó otra silla al lado de Brenda.

—Decía que necesitaba explicaros mi conducta, D. Beltrán. ¿Qué concepto habréis formado de mí? ¿Qué juicio os merecerá mi extraña visita? Una mujer joven...

Brenda se detuvo.

—Siempre he creído—prorrumpió el Duque—que sois una virtud inmaculada, cuando os acepto con toda mi alma por esposa; á mis ojos os justifican vuestro rubor y vuestra turbación; decidme sencillamente el objeto de vuestra venida.

—Gracias, D. Beltrán, me juzgáis con generosidad. Ya comprenderéis que sin un motivo muy grave no hubiera roto la noble hija de Zúñiga las reglas sociales ni las formas del pudoroso recato que á una dama convienen. El corazón cuando ama manda en la cabeza, la idea es una esclava del sentimien-

to: yo amo y mi cariño ha guiado mis pasos á esta cámara...

El Duque no supo si alegrarse ó entristecerse con aquella declaración, porque la joven no había revelado el objeto de su amor.

—Os he descubierto—continuó Brenda—el fondo de mi alma; creo que me agradeceréis mi franqueza si antes de unir vuestra suerte á la mía os digo que mi corazón pertenece á otro y que en vano le pediréis ternura para el vuestro.

D. Beltrán palideció profundamente al escuchar las terribles palabras de Brenda. Una centella desprendida á sus pies le hubiera producido menor sensación.

—¡Ah!—exclamó el Duque con un acento indefinible.—¿Creéis que el cariño que me inspiráis puede arrancarse del pecho con la facilidad que una flor de su débil tallo? ¿Creéis que después de haber soñado con los placeres de poseeros, debo resignarme á que otro hombre goce en vuestros brazos la felicidad? Brenda, vos habéis dicho que el corazón enamorado manda en la cabeza: el mío lo está con delirio de vuestra hermosura, y aunque me juzguéis de cruel os llamaré mi esposa. El tiempo calmará ese amoroso afán que sentís y el fuego de mi pasión vivificará en vuestro pecho un cariño, una ternura exclusivamente para mí.

—¡Y nada os dicen mis lágrimas!—murmuró la joven sollozando.—¿Estáis dispuesto á sacrificarme, á destrozar mis sentimientos? Pues bien, D. Beltrán, tendréis una esclava, nunca una esposa amante; poseeréis mi cuerpo, mi hermosura, pero mi alma, libre como las aves, como la brisa, cruzará el espacio hasta encontrar la imagen de su cariño y se confundirá con ella en el dulce arrullo de una caricia.

—Sois muy injusta—repuso el Duque;—admitís la constancia y el infinito en vuestra pasión, y porque la mía reúne las mismas propiedades me calificáis de verdugo. Vos no queréis atender mis razones ni yo las vuestras; somos dos enamorados, dos locos que pretenden convencerse. Sometamos nuestra causa al supremo tribunal de vuestro padre, y por mi parte acataré su resolución.

—¡Oh! Antes de recurrir á vuestra caballerosidad he intentado convencer á mi padre con mis ruegos y con mis lágrimas

mas; todo ha sido inútil para disuadirle: mi sentimiento se ha estrellado ante su fría razón; él piensa y yo siento; él ve en mi enlace con vos las riquezas, los honores, la felicidad; yo adivino la desventura y el martirio. Ha llegado á amenazarme duramente si no cumplo su mandato.

—Permitidme que apruebe en parte la conducta del autor de vuestros bellísimos días. Si hoy amáis con delirio á David...

—¡Sabéis!...—dijo la joven con sorpresa.

—Cuando se ama como yo os adoro—prosiguió el Duque—no debe extrañaros que haya descubierto el objeto de vuestra pasión. He fingido no percatarme de esos extraordinarios amores, he ocultado mis celos...

—¡Oh!—interrumpió Brenda con ansiedad.—Juradme por el premio de vuestra alma que no habéis intervenido en la desaparición de David.

—Os doy mi palabra de caballero.

—¡Gracias, Dios mío!—dijo Brenda levantándose.

—¿Me abandonáis, señora?

—Sí, puesto que persistís en que sea vuestra víctima y os negáis á complacerme.

—Siempre reinaréis en mi corazón, Brenda; un verdugo como yo no sabe matar más que con amor.

—Os suplico—añadió la joven—que nada digáis á mi padre de esta misteriosa entrevista; por no disgustarle me resigno á ser vuestra...

—Algún día me amaréis—dijo el Duque, acompañando á Brenda hasta el umbral de la estancia.

La hija de D. Alvaro suspiró dolorosamente.

—Hasta mañana, D. Beltrán—murmuró la joven, despidiéndose con voz recatada.

—Que el cielo guarde vuestra hermosura, que es mi vida.

Y el Duque de Alcudia permaneció en el dintel de la puerta hasta que se perdió la airoso figura de Brenda en las sombras de la galería.

—¡Oh!—exclamó la joven al penetrar en su morisco camarín.—He apurado inútilmente el postrer recurso... ¡Desprecian

mis súplicas y mis lágrimas!... Pero no dudes de mi constancia, David: ¡he jurado ser tuya ó de nadie!

.....

VIII

Llegó la noche de boda.

El cielo, tan azul y brillante los días anteriores, había cubierto su luz y hermosura tras los fúnebres crespones de la tempestad.

La chispa eléctrica cruzaba vertiginosa el espacio, imprimiendo por breves momentos sobre el negro fondo de las nubes una estela de fuego.

Á su lívido resplandor, el paisaje adquiría formas extrañas, proporciones gigantescas y una majestad completamente fantástica.

Un violento huracán arrastraba en sus poderosas alas el estampido del trueno y los medrosos ecos de las montañas.

En medio de la oscuridad se distinguía el iluminado castillo, semejante á los mágicos palacios de los cuentos árabes.

Á través de los cristales de sus ojivas ventanas y galerías se desbordaba un océano de luz.

Percibíanse confusamente en el exterior el murmullo de cien conversaciones, la algazara, el bullicio, la alegría, el estruendo, esos mil rumores que brotan de la aglomeración de seres y que caracterizan las fiestas humanas.

Según hemos dicho, se celebraba la boda del Duque de Alcudia con la noble hija de D. Álvaro de Zúñiga.

En una inmensa cámara del castillo, adornada espléndidamente, se hallaban reunidos los convidados todos.

Las principales familias de Órjiva y muchos amigos de don Beltrán favorecían con su presencia la ceremonia.

Habíase colocado en uno de los testers del salón un sencillo y grave altar, donde debía leer á los novios Fr. Luis el Negro la hermosa epístola de San Pablo.

Infinitas luces reflejaban sus vívidos destellos en las bru-

ñidas superficies de los espejos, como se reproducen las estrellas del cielo en las tranquilas aguas de los lagos.

La concurrencia esperaba ya con indescriptible ansiedad la presentación de Brenda en la cámara.

Las mujeres por ocuparse de su tocado.

Los hombres para admirar su belleza.

Y en general con la inocente idea de criticarla.

Trascurrió media hora más sin que la joven realizase el unánime deseo de los convidados.

—Esto es insufrible—decía D. Álvaro en voz baja y lleno de coraje á D. Beltrán, que junto á él estaba;—hace una hora larga que estoy cansado de esperar... Será preciso mandarle un...

—Ten un poco de calma—repuso el Duque;—ya sabes que las mujeres, cuando tratan de componerse, no miden el tiempo.

—Lleva el suficiente para salir vestida de reina—añadió el de Zúñiga;—además, debía tener en cuenta que se la espera y que su tardanza ha de ser una causa de disgusto general.

—Eso no puede reflexionarlo una mujer joven y hermosa delante de un espejo; atiende mi opinión, y espéremos aún.

D. Álvaro hizo un gesto de desagrado y quedó silencioso. Pasó una nueva hora de ansiedad.

Y empezóse á murmurar entre la concurrencia de tan inexplicable tardanza.

¿Qué motivo podía existir para ella?

¿Por qué no se presentaba Brenda en el salón? ¿Qué misterio había en aquel enlace?

Algunas conjeturas calumniosas brotaron de una cabeza de mujer, y circularon por las de todos los invitados con la rapidez que siempre se acoge lo malo.

El Duque perdía su calma.

Y D. Álvaro se desesperaba.

—¡Guzmán! ¡Guzmán!—gritó éste sin poderse contener y revelando en el acento su profunda cólera.

Apareció en la cámara el viejo mayordomo.

Pero en el mismo instante percibióse un grito agudo, estridente, desgarrador... y luego otro horrible, formidable, desesperado...

¿Qué significaban aquellos espantosos lamentos?

D. Álvaro se precipitó fuera del salón, seguido del Duque, de Fr. Luis el Negro, de Guzmán y de toda la concurrencia.

IX

Dos horas antes de esta escena, Brenda abandonó la compañía de sus amigas, no permitiendo que ninguna de ellas asistiese á su tocado.

Quería sorprenderlas con sus galas de desposada.

Durante todo el día Brenda habíase mostrado satisfecha, decidora, hasta burlona.

En sus ojos brillaba la alegría, y en sus labios de carmín advertíanse sonrisas de felicidad.

Su padre y D. Beltrán apenas podían dar crédito á tan profundo cambio.

¡Pobre David! ¡Sin duda algún deseo ambicioso había borrado su imagen en el alma de la joven!

Empero no era así.

Cuando Brenda estuvo sola en su morisca estancia, transformóse repentinamente la expresión de su fisonomía.

Sus mejillas, antes blancas y sonrosadas, perdieron su hermoso color, y una palidez lívida, amarillenta, cadavérica oscureció la transparencia de su cutis.

Brillaron sus negros y rasgados ojos con el fuego de la fiebre, advirtiéndose en ellos la mirada intensa, poderosa, magnética de la locura.

En su frente nacarada y cándida como la azucena de los valles se reflejó un pensamiento fúnebre y desconsolador.

Y sus labios de coral se dilataron con la amargura de una sonrisa, de una contracción nerviosa.

Hasta entonces la joven había representado admirablemente una extraña farsa.

Bajo las risueñas apariencias de una fingida felicidad había

cubierto sus pesares y sus lágrimas con todo el arte de un actor dramático.

Al concluir aquel lúgubre carnaval volvíase á presentarse con la tristeza en el rostro y en el corazón.

Brenda contempló largo tiempo en silencio las ricas galas de novia colocadas todas sobre su níveo lecho...

Después, como obedeciendo á un secreto impulso, comenzó á vestirse con una calma aterradora.

Encerró primero sus diminutos pies en recortados chapines de raso blanco.

Ajustó á su cintura una espléndida falda del mismo color y también de raso, ciñéndose el seno con un gracioso corpiño cuyo escote permitía adivinar, entre finísimos encajes, su incitante nacimiento.

Un cintillo de perlas nacaradas adornó más tarde su correcta garganta, haciendo juego con las pulseras que aprisionaron sus tentadores y desnudos brazos.

Una corona de perfumados y lozanos jazmines orló su frente virginal, y una gasa, blanca como el alabastro y vaporosa como los celajes, flotó ligera y fantástica en torno de su juvenil cabeza.

¡Era el hermoso símbolo de su inocencia, la mágica aureola de su castidad!

Brenda reflejó entonces su imagen en la tersa superficie de una plancha de acero y sonrióse de una manera diabólica, insensata, al contemplarse tan arrobadoramente bella.

—¡Ha llegado la hora de mi ventura!—dijo con un acento indefinible, vago, insensato también.—¡Sí, David, ha llegado la hora de nuestra boda, el momento en que puedes llamarme tuya! ¡El cielo envidia nuestra felicidad! Mis brazos estrecharán con amor, en forma de guirnalda, tu adorada cabeza; en mis labios aspirarás una esencia desconocida y enloquecedora... ¡Oh, David, David, ámame mucho! ¡Ámame siempre!...

Y la joven lanzó una carcajada nerviosa, lúgubre, terrible; una de esas carcajadas que inspiran profunda compasión.

Luego adelantó rígida, marmórea como una estatua, hasta encontrarse en el exterior del balcón.

Su pecho pareció dilatarse con las húmedas emanaciones del campo.

El torrente se desbordaba bajo sus plantas á cien metros de profundidad, estrellando sus hirvientes aguas con un estrépito formidable en agudas rocas y gigantescos peñascos.

Brenda, como atraída por el magnetismo del precipicio ó como impulsada por su extraña locura, sentóse un momento en la baranda del balcón, dejándose luego caer de espaldas hacia el abismo.

Un grito sobrehumano que arrastrar parecía en pos de sí el alma hizo comprender que la joven había vuelto á la razón en el espacio.

Otro lamento más horrible, más espantoso se confundió con el de Brenda.

El primero era un eco de muerte.

El segundo de loca desesperación.

Una centella inflamó en aquel instante la zona ocupada por la tempestad, iluminando con su fatal resplandor un cuadro terriblemente doloroso.

El ensangrentado cadáver de la joven balanceábase en el vacío, sujeto por sus ropas á un inmenso peñasco.

Sobre éste delineábase la extraña figura del jorobado, como una estatua de mármol sobre un pedestal de roca...

X

En tan supremo momento penetraron en la cámara de Brenda D. Álvaro, el Duque, el fraile, el mayordomo y los convidados.

Todos se dirigieron al balcón, presintiendo algo terrible y desconsolador.

Un lívido relámpago disipó por segunda vez las sombras de la noche, iluminando la escena que tenía lugar.

David, abrazado al cadáver de su amada y suspendido en el vacío, la cubría de besos y de lágrimas.

Aquel grupo, contemplado á la cárdena luz de la borrasca, tenía mucho de fantástico, de diabólico, de sobrenatural.

Los espectadores del balcón seguían con un interés punzante, con una tristísima ansiedad el drama que se representaba en medio del abismo.

Por breves segundos las tinieblas envolvían á los amantes en su negro manto, y el relámpago los iluminaba de nuevo.

El huracán los sacudía violentamente como débiles plumas, como ligeras hojas.

El jorobado reía y cantaba de una manera amarga, sarcástica, insensata.

— ¡Oh, qué hermosa es la noche de mis bodas!... ¡qué hermosa! ¡qué hermosa!... ¡Ja, ja, ja!...

Y sus risas eran agudas, discordantes, sardónicas.

— ¡David! ¡Hijo mío!... ¡hijo mío! — gritaba el anciano Guzmán con toda la fuerza de su voz. — ¡Sálvate!... ¡sálvate! ¡Tu vida es la vida de tu padre!...

Pero el joven no oía estos lamentos escapados del alma.

Y continuaba riendo y cantando lúgubrementemente.

...Hubo un instante en que el vendaval desgajó la roca que sostenía á los enamorados, precipitándolos en el abismo...

Sintióse un golpe seco al abrirse las aguas del torrente, y después... ¡nada!

¡Todo había concluído!

XI

Era la tarde de un nuevo día tan nebuloso y triste como el anterior.

No brillaba el sol en el horizonte ni la alegría en la naturaleza.

Al toque de oraciones cuatro hombres salieron del castillo, conduciendo sobre sus hombros un ligero ataúd.

Tras ellos salió el fúnebre cortejo.

Formaban éste Fr. Luis el Negro y D. Álvaro y el Duque de Alcudia respectivamente á su derecha y á su izquierda.

El muerto era Guzmán, el viejo mayordomo de Zúñiga.

El dolor había arrebatado la vida á su cuerpo.

¡Su alma habríase reunido ya con la generosa de David!

.....

Es fama que después del entierro ambos caballeros acompañaron al fraile á su convento y sometieron sus crímenes al tribunal de la penitencia.

Se afirma también que D. Beltrán desde aquella tarde no volvió á salir del monasterio de San Jerónimo y que sus inmensos bienes los repartió entre los pobres.

.....

Algún tiempo adelante de estos sucesos, el amor paternal de D. Álvaro levantó cerca del torrente una cruz negra, triste memoria consagrada á su hija Brenda. Y al pie de la cruz abrió en vida la tumba que debía guardar sus cenizas.

GERARDO DE CASTRO.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Antología de poetas líricos castellanos, tomo IX. *Romances viejos castellanos (Primavera y flor de romances)*, publicada con una introducción y notas por D. FERNANDO JOSÉ WOLF Y DON CONRADO HOFMANN.—Segunda edición corregida y adicionada por D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, de la Real Academia Española.—Tomo II.—Madrid, librería de Hernando y Compañía, 1900.—Un volumen en 4.º de 362 páginas, 3 pesetas.

En la última página de este tomo, que es el 209 de la acreditada y sabia *Biblioteca Clásica*, ó más comúnmente llamada entre los del arte *Biblioteca Navarro*, se lee la siguiente «Advertencia final: No habiendo cabido en este segundo volumen de la *Primavera* los romances procedentes de la tradición oral, hemos resuelto formar con ellos un tercer tomo que será nuevo y curioso apéndice á la colección de Wolf. Habrá, además, un cuarto tomo en que el Sr. Menéndez y Pelayo hará un minucioso estudio crítico de los romances castellanos. Estos dos volúmenes se publicarán inmediatamente».

Recogida la promesa del editor, diferimos para entonces tratar de la importancia de los cuatros tomos que formarán una sección, dentro del plan general de la *Antología de poetas líricos castellanos*, é indicarán el tránsito de la edad heroica de nuestra literatura á la moderna, pues si en aquélla se apoyan por su esencia los más de los romances españoles, en ésta se desarrollan por su ejecución según ya sospechó Durán y se ha venido comprobando.

Al aplazar nuestras notas, no es que abriguemos la sospecha de que no puede alabarse cumplidamente el contenido de un volumen suelto que forma parte de una colección; y de la *Primavera* de Wolf, reproducida en el volumen anterior y parte del precedente, mucho y bueno puede decirse en verdad, no menos que de los acrecentamientos que el Sr. Menéndez y Pelayo lleva á la obra en forma de apéndices, que ocupan dos tercios de este segundo tomo.

La noticia de lo que contienen los dos publicados constituye nuestro trabajo de hoy. Llenan el primero, y el segundo hasta la página 170, la reimpresión de la *Primavera* de Wolf; y á partir de la página siguiente hasta el final del tomo, tres importantísimos apéndices.

Avaloran el texto las consideraciones de ser la *Primavera* uno

de los textos más auténticos y críticos de nuestros romances antiguos, de estar agotada la primera y única edición que se hizo en Berlín, 1856, y de reproducirse ahora textual y esmeradísima-mente todos los romances viejos y tradicionales del *Cancionero de romances*, de Amberes, y de la *Silva*, de Zaragoza.

El primero de los apéndices comprende los romances procedentes de manuscritos, de pliegos sueltos ó de colecciones antiguas, siguiendo en su clasificación la adoptada por Wolf y acudiendo, para completarle, á fuentes que son en casi su totalidad poco ó nada conocidas, como sucede con la *Tercera parte de la Silva de romances*, que en ejemplar único posee el Marqués de Jerez de los Caballeros, quien «lo rescató para España á peso de oro en 1888».

El segundo apéndice comprende los romances que se han conservado por medio del teatro, no reproduciendo íntegramente los textos, sino indicando las principales fuentes y su desarrollo. Por eso dice el colector en los párrafos que constituyen la advertencia: «Las indicaciones que vamos á hacer servirán sólo para mostrar la riqueza de esta vena poco atendida hasta ahora por los colectores, pero no pretenden de ningún modo agotar la materia, que exigiría un libro especial para su completo desarrollo».

(Así como los potentados, después de celebrar sus bodas, arrojaban monedas al pueblo, así el Sr. Menéndez, en sus perennes bodas con la literatura, va lanzando proyectos de libros por donde pasa.)

El apéndice tercero tiene por título: *Bibliografía y variantes de los primitivos romances*, y en él se indican ó detallan las ediciones del *Cancionero de Romances* y de la *Silva de varios romances*, fuentes principales de nuestra genuina poesía nacional, y de otras colecciones, con notas de estupenda, precisa é imponderable erudición, de extraordinaria firmeza y seguridad.

El próximo tomo comprenderá, por lo visto, el último apéndice á la *Primavera y flor de romances*, con los recogidos de la tradición oral; y el siguiente el «minucioso estudio crítico de los romances castellanos», hecho por el Sr. Menéndez.

Excusado es decir que los esperamos con ansia.

Mientras tengamos quien así proceda en la investigación y ordenación de nuestra historia literaria, justo es confesar que la erudición española está por lo menos á igual nivel que la de aquellas naciones en que mejor se cultiva esta rama de la ciencia literaria.

**

Fábulas engirgolades en mallorquí, per D. BERNAT BAL-LE, PVRE.—Palma. Estampa de la «Regional», 1899.—Folleto en 4.º mayor de 98 páginas, sin indicación de precio.

En la cubierta y portadilla muestra el extraño título de *Sopes escaldades y pancuit*, con que el autor del folleto ha querido indicar su modestia, según se desprende del prólogo ó advertencia

que precede á la colección; pero nosotros lo damos á conocer por el título principal de su portada, para que nuestros lectores sepan, desde luego, de lo que se trata.

El fondo de estas narraciones, en prosa, son las fábulas de Esopo, ó más bien de Fedro, cosa que no oculta el Sr. Balle, sino que lo declara implícitamente al adoptar por epígrafe de la obra los conocidos versos del fabulista romano: *Duplex libelli dos est: quod risum movet, et quod prudenti vitam consilio monet*; y explícitamente lo anuncia y declara desde las primeras líneas. La mayor particularidad de estas narraciones es que su autor acomoda la acción y la moralidad á sitios, nombres, personas, frases y hechos mallorquines, circunstancia que, con el buen humor dominante en todas las páginas del librito, es muy posible contribuya á la divulgación de éste por toda la isla donde se imprimió. Así lo deseamos.

E.

* *

La tuberculose. *Collection des livres d'or de la Science.*—Schleicher Frères, editores, Paris.—Un volumen en 18° ilustrado, 1 franco.

Un mal que extiende el terror, desolando la tierra, dijo Lafontaine en una de sus fábulas que era la *peste*.

Pues bien, peor que la peste es la tuberculosis; la peste es accidental y la tuberculosis es permanente; la peste queda con frecuencia localizada en una región, mientras que la tuberculosis extiende sus efectos por toda la tierra.

En Europa solamente un millón de individuos de ambos sexos y de todas edades sucumben cada año, y esta mortalidad es más espantosa teniendo en cuenta que podía ser disminuida previniendo el mal.

La tuberculosis, cuando se acude á tiempo, tiene remedio; con mucha frecuencia produce más daño la ignorancia sobre las medidas que han de aplicarse.

Por esto los libros como el del Dr. Sicard son preciosos y útiles, pues en él se exponen en lenguaje claro y con una competencia profunda las causas del mal, su desarrollo y su higiene. Vemos también en sus páginas cómo se engendra la tuberculosis, contaminando lentamente el organismo, y contiene, en fin, tres capítulos consagrados á la curación de los tuberculosos.

Un libro de esta índole deben tenerlo todas las familias para que sus prescripciones se tomen en tiempo oportuno. Todas las variedades de tuberculosis son examinadas por el Dr. Sicard, pues no solamente el pulmón, sino también la laringe, el tubo digestivo y la espina dorsal pueden ser atacados por el mal.

Es preciso leer esta obra interesante por su forma literaria y por su ilustración; su claridad la recomienda y su baratura la pone al alcance de los humildes.

G.

* *

L'origine de la pensée et de la parole, par M. MONCALM.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un tomo en 4.º, 316 páginas, 5 francos.*

El desenvolvimiento de la razón humana ha sido uno de los principales objetos de las investigaciones de Max Müller; este gran pensador ha pedido á la ciencia del lenguaje la explicación sobre el origen del hombre que piensa, y nadie ha demostrado más energía que el ilustre profesor para descubrir la génesis del pensamiento.

Este asunto es el que trata en su libro el Sr. Moncalm, uno de los más fervientes discípulos y admiradores de Max Müller, y en tal obra estudia con detenimiento la filosofía del lenguaje, los mitos, el lenguaje primitivo y su historia, los himnos védicos y la religión, tal como la ha concebido el hombre.

El libro del Sr. Moncalm es muy interesante, como todos los que tratan con mesura este delicado punto; pero entendemos que es de muy poca fuerza todo argumento que no busque en la Divinidad, y sólo en la Divinidad, el origen de la palabra.

*
**

Le problème de la mémoire, *essai de psycho-mécanique*, par le DR. PAUL SOLLIER.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un tomo en 4.º, 218 páginas, 3,75 francos.*

El problema de la memoria es uno de los más importantes y atractivos; viene á ser como la llave del edificio del entendimiento. Facultad especial y autónoma del alma, los fisiólogos la consideran hoy como una propiedad de la materia viviente; del dominio psíquico ha pasado al de la fisiología. Y aún se va más lejos hoy, supeditando los fenómenos psíquicos á las leyes de la física general, considerándolos como una forma especial de la energía é insistiendo sobre la importancia de las asociaciones dinámicas en el mecanismo de la memoria.

El Sr. Sollier no ha tenido la pretensión de formular una teoría mecánica de la memoria, lo que casi equivaldría á una teoría general del espíritu; se ha limitado á ofrecer al público un ensayo de psico-mecánica, y con él pretende demostrar las analogías que pueden establecerse entre los diversos fenómenos que constituyen el acto nemotécnico y algunos otros de orden puramente físico producidos por sencillas modificaciones de fuerzas.

*
**

La philosophie d'Auguste Comte, par L. LÉVY-BRUHL.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un tomo en 4.º, 417 páginas, 7,50 francos.*

Mucho se ha escrito en pro y en contra de Augusto Comte, y entiende el autor de este libro que la discusión debe dejar ya el puesto á la historia. En vez de afirmar ó negar la influencia del

pensamiento de Comte, se puede estudiar imparcialmente empleando un método científico, y este objeto es el que se propone el Sr. Lévy-Bruhl, que ha concebido y ejecutado su trabajo como si se tratase de Aristóteles ó de Descartes.

Sin atacar la unidad de la obra de Comte, el autor ha concentrado sus esfuerzos en el estudio de la filosofía propiamente dicha, que, según la confesión del filósofo positivista, constituye un todo *per se*. Ha tratado de hacer ver la estrecha afinidad que existe entre esta doctrina filosófica y el gran movimiento de las ciencias naturales, sociales é históricas, con las cuales se nutre la sociedad de nuestro siglo.

*
* *

Pamphlets socialistes, par M. PAUL LAFARGUE.—*Paris, Giard et Brière, editores.*—Un folleto en 8.^o, 164 páginas, 1,50 francos.

Los escritos de los socialistas son comúnmente poco conocidos del *gran público*, aunque sean la expresión intelectual del movimiento que levanta las masas proletarias y hayan contribuido á engendrarlo y dirigirlo. Los folletos publicados en este volumen han tenido, por otra parte, una influencia considerable. *El derecho á la pereza*, que es el más célebre y que el Sr. Leroy Beaulieu ha calificado de *himno á la pereza*, es, aparte su humorismo, una exposición fundamental de las ideas del socialismo marxista. Ya se sabe también que el Sr. Lafargue es jefe de uno de los principales grupos del socialismo francés.

*
* *

Vers l'Inde, projet de campagne russe, par V. T. LÉBEDEV, traduit par le capitaine du génie breveté Cazalas.—*Paris, Chapelot et C.^{ie}, editores.*—Un tomo en 8.^o, 251 páginas, 3,50 francos.

Los rumores que recientemente han circulado por Europa sobre la ocupación de Herat por Rusia dan á esta obra un especial carácter de actualidad, pues nos demuestra que la primera parte del plan que nos ofrece en ella el autor va á ser puesta en práctica muy pronto, y confirma que la expansión territorial de Rusia por el Afghanistan es asunto que no tardará en ponerse sobre el tapete.

La gigantesca obra del ferrocarril transiberiano y el arraigo de Rusia en el extremo Oriente, lejos de absorber la exuberante vitalidad del imperio le dejan tiempo de prepararse paso á paso para la realización de sus sueños seculares.

La cuestión rusa en el Asia Central es antigua; una cuestión que cuenta ya doscientos años en el estado de problema debe resolverse pronto á juicio del autor del libro, y si se resuelve en favor del coloso europeo seguramente este acaecimiento consagrará el poderío de Rusia y quién sabe si le facilitará el imperio de los mares. Ni el mar Blanco por sus hielos, ni el Negro por los estre-

chos que le dan acceso, ni el del Japón por su gran distancia, responden á las aspiraciones políticas de Rusia; pero el Afghanistan le llevaría fácilmente al Océano indico, mar libre de que Rusia dispondría sin tener que luchar con los hielos polares ni con los protocolos diplomáticos.

¿Cómo se llevará á cabo esta conquista? ¿Qué medios habrá que emplear y cuáles serán las dificultades que será preciso vencer? Tales son los puntos que el Sr. Lebedev, oficial de granaderos de la Guardia imperial rusa, estudia en la obra *Vers l'Inde*, que ha recomendado muy especialmente el Estado Mayor del imperio.

*
* *

La justice sociale, par F. DUGAST.—*Paris, Giard et Brière, editores. — Un folleto en 8.º, 72 páginas, 0,75 de franco.*

El Sr. Dugast, autor de *Lois sociales devant le droit naturel*, expone en este libro por qué la *justicia social*, cuyo ejercicio es la base de la sociedad y que no tiene otro objeto que la protección del derecho, se ha convertido en un medio de opresión; por qué en nuestra época, más que en pasados tiempos, ha perdido la magistratura su independencia en relación con el poder ejecutivo y con los *privilegiados*; por qué el Gobierno, al poner mano en el asunto de la inamovilidad, les ha hecho comprender á los magistrados que eran elegidos para estar al servicio de la justicia.

Tantos escándalos ha promovido la magistratura oficial; tan benévola ha sido para con los malversadores de elevada posición y tan severa con las faltas cometidas por aquellos desgraciados á quienes impulsaron las grandes iniquidades sociales, que cada individuo debe preocuparse en buscar el medio de organizar la justicia de las sociedades políticas de modo que un hombre ó un partido no puedan usar como instrumento de opresión aquello mismo que se instituyó para proteger el derecho.

*
* *

Las poesías de Feijóo, sacadas á luz, con un prólogo, por D. AN-
TOLÍN LÓPEZ PELÁEZ, presbítero.—*Lugo, tipografía de G. Cas-
tro. — Un tomo de 262 páginas (sin indicación de precio).*

Algunas poesías, muy pocas, conocíamos del famoso autor de las *Cartas eruditas*: no es de extrañar, pues, que nos haya complacido en extremo la colección que hoy nos ofrece el ilustrado publicista D. Antolín López Peláez, peritísimo en todo asunto que se refiera á Fray Benito Jerónimo ó á su arrebatado defensor y discípulo Fray Martín Sarmiento.

No se busque en este libro la inspiración del poeta, ni se crea que con él trata el Sr. López Peláez de acrecentar la gloria de quien la tiene bien cimentada con su *Teatro Crítico* y sus *Cartas eruditas*: Feijóo no fué poeta, como no puede serlo quien consa-

gra toda su inteligencia á la investigacion y á la crítica. Esta colección de versos, aunque revela al maestro en algunos puntos, nos trae muchas veces á la memoria el contraste que resulta de su comparación con el *Teatro* del ilustre benedictino, cuya prosa, galicana en ocasiones, atrae casi siempre por lo hermosa, reposada y firme.

Aplaudamos sinceramente al Sr. López Peláez, más que por su notable y castizo prólogo, por el bien que hace á las letras y á la erudición españolas, reuniendo en un tomo poesías que seguramente no conocían la mayor parte de nuestros lectores, y que facilitan en alto grado los trabajos de investigación.

P. V.